

La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXXIII

BARCELONA 1.º DE JUNIO DE 1914

NÚM. 1.692

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1914



UN MOMENTO DE DESCANSO, cuadro de la señorita Ermen Parini

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Juicios prematuros*, cuento por José Pablo Rivas. — *Notas de arte.* — Barcelona. Homenaje a la memoria de Rius y Taulet. — Valencia. Congreso Internacional de artistas. — Cruz de cuna para el hijo del príncipe Víctor Napoleón. — La Exposición Internacional de Lyon. — Madrid. La boda de Mr. Roosevelt. — Ricardo Strauss y su última obra. — *Jacobita Miracle.* — Primer monumento al idioma Esperanto. — La victoria (novela). — Barcelona. Concurso de automóviles en el Tibidabo. — Artes decorativas del natural. — Libros. — Barcelona. Una fiesta aragonesa.

Grabados. — *Un momento de descanso*, cuadro de E. Parini. — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración a *Juicios prematuros.* — *Flor seca*, cuadro de Rogelio López. — *El Gallo; Calle del Trueno en Cadaqués*, cuadros de S. Matilla. — *Amor a la infancia*, escultura de José Llimona. — *Notas de Valencia, París, Lyon, Madrid, Fransenbad, Barcelona y Charlottenburgo.* — Ceremonia inaugural de la Exposición de 1888, dibujo de J. L. Pellicer. — Barcelona. XXV aniversario de la inauguración de la Exposición Universal.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Dije en una crónica anterior que necesitaba para juzgar el trabajo de Margarita Xirgu verla un poco más; y aunque no la he visto todo lo que desearía, ya tengo nuevos datos que añadir a los de *Elektra*. La he visto en *Zazá*, en *El corazón manda*, en *L'Aigrette*, y en *Salomé*.

Lo primero que yo quisiera descartar al hablar de esta actriz, es la odiosa comparación. ¿Qué resulta la Xirgu comparada con Tina di Lorenzo, con la Borelli, con la Mariani, con la Guerrero, etc., etc.? No se debe juzgar así por relación, sino por lo contrario, individualmente. Cada actriz tiene sus especiales condiciones, su personalidad; cada actriz, si vale algo, interpreta a su modo los papeles. A veces la interpretación de un papel cambia según los tiempos. Yo he vivido lo bastante para alcanzar aquéllos en que *La dama de las camelias* se hacía tosiendo todo el último acto. Hoy no tose ninguna intérprete del drama de Dumas. Los personajes de Shakespeare varían tanto, según el actor que los encarna, que no los conociera a veces el padre que los engendró.

Y todo está bien, cuando está bien. Sería servilismo que una actriz se sometiese a la imitación estricta de lo que antes hizo otra actriz eminente.

* * *

Cada papel es, para el actor o la actriz, una afirmación de individualidad. Según siente y comprende a aquel personaje, así lo revela; y debemos por unas horas prestarnos a este juego estético y ayudarlo con nuestra amplitud de comprensión. Además, en tal momento, debemos desterrar la memoria de otras veces en que vimos interpretar el mismo personaje.

Temiendo sin duda el escollo de la comparación, las artistas de renombre evitan coincidir en el repertorio con otras. En efecto, sería difícil hacer *Magda* después de la Duse, o *Locura de amor* después de la Guerrero. Hay obras que, o por adaptarse al temperamento como anillo al dedo, o por estar indicadas para la figura y condiciones físicas, o por cualquier razón, las vincula un actor y son su triunfo. No cabe sorprendernos el caso.

Margarita Xirgu ha elegido, para mostrarse al público de Madrid, obras muy distintas, y no todas buenas, ni siquiera notables. La que menos me ha gustado es *L'Aigrette*. Inspirada en el sentido de crudeza social de ciertas obras de Bernstein, como *El ladrón* y *La ráfaga*, no tiene la emoción dramática profunda de estas dos creaciones. Es inverosímil, no por los hechos que en ella se desarrollan, sino porque, a mi ver, el autor no ha sabido desarrollarlos de tal suerte que convenza. Todo es pequeño y rebajado en ese drama, o en esa comedia dramática, si se prefiere tal designación. Sin embargo, a veces ocurre que en una obra de escaso valor, una actriz o un actor se destacan con lucimiento especial; y en *L'Aigrette* la Xirgu tiene momentos de gran altura, así en la escena muda del segundo acto como en la final, que encierra el pensamiento de la obra.

* * *

En *El corazón manda* no tiene la Xirgu gran ocasión de brillar. Su papel es sencillo, sin matices, al alcance de cualquier damita joven. Por señas que esa obra demuestra lo agotado que se halla el surtido de asuntos teatrales, pues ha sido preciso darle el

segundo golpe (que yo sepa) a *La novela de un joven pobre*, de Octavio Feuillet, si mal no recuerdo. Verdad que está en broma lo que en la obra de Feuillet está en serio casi siempre; no obstante, es imposible no advertir las coincidencias y las semejanzas.

Por eso mismo, en *El corazón manda* el papel importante es de galán; el que desempeñó Puga, actor que está creciéndose y ganando puesto.

* * *

Zazá es obra de prueba para las actrices. Los cinco actos de esta novela psicológica y amorosa desarrollada escénicamente, requieren un desempeño distinto, y siempre intenso, dentro de la cuerda que hacen vibrar. El primer acto requiere travesura, desventura, picardía, descaro — todo ello con una nota de discreción y gracia, sin la cual no sería tolerable el cuadro que presenta, y resultante de malas costumbres. El acto segundo pide ternura, alegría, romanticismo, la juventud de una pasión que aun no ha sufrido martirio, pero que ya palpita y quema. El tercero, dolor, la dignidad que el verdadero amor comunica a todas las acciones, ingenuidad, revelaciones íntimas de lo que hubiera sido el amor maternal en el corazón de una mujer en el fondo tan buena. El cuarto, vehemencia, casi locura. Y el último, una cierta ironía por debajo del mal extinguido amor, la resignación al destino, y la suprema altivez de preferir la soledad completa a una dicha transitoria. Todo esto hay en *Zazá*, y tal variedad de resortes hace de sumo empeño el papel.

La Xirgu estuvo feliz en muchos pasajes; en otros, como es una mujer que tiende a la distinción, a la reserva, a la sobriedad, las comparaciones anteriores con las actrices italianas no le fueron favorables. La Mariani encanallaba más el papel; pero, así encanallado, convencia y hasta conmovía doblemente. *Zazá*, no hay que olvidarlo, no es una duquesa, sino una hija del pueblo. El desorden, la incultura, son en ella naturales. La bohemia, su ambiente. Tal carácter lo hizo la Mariani resaltar de un modo encantador. Pero ya estoy cayendo yo también en la comparación que repruebo.

Nos dió la Xirgu, en suma, una *Zazá* muy atractiva, y que le ha valido varios llenos, porque el público no desdeña, al contrario, esta comedia humana, y la tiene incorporada a su repertorio favorito.

* * *

En *Salomé*, también puede la Xirgu sostener la competencia, al menos con la Borelli, única actriz que aquí ha representado el famoso drama de Oscar Wilde.

En el Teatro Real cantó la ópera *Salomé* la Bellincioni, mujer ya entrada en años, pero actriz y danzarina insuperable. Lo delgado que conservaba el cuerpo, lo glácil de sus formas la permitían caracterizar (con ayuda de la óptica de la escena) a la joven princesa de Judea, y su «danza de los siete velos» es acaso la más sugestiva de cuantas he visto. La coreografía fué lo que menos me agradó en la Xirgu: en cuanto al modo de entender tan difícil personaje no encontré que desmereciese de la Borelli, y acaso hubo más calor y realidad en la actriz catalana.

Aquí, como ya dije en otra ocasión, *Salomé* ha sido por lo menos escuchada y no prohibida ni considerada un atentado a la moral pública. No diré que suscite entusiasmo, pero sí gran curiosidad, y en algunos aficionados al arte, interés. En Inglaterra tengo entendido que no se la puede nombrar sin pasar por *shocking*. Como dijo cierto arriero de mi país: «Dios nos deje andar a caballo de quien lo entienda.»

La Xirgu hace una princesa de Judea interesantísima. Admirablemente vestida, sus actitudes son, como conviene al personaje, misteriosas, sombrías; su rostro expresa lo que va a decir, antes de decirlo; y su acento va más allá que las palabras. Los actores que con la Xirgu interpretan la tragedia de Oscar Wilde, a mi juicio, es un milagro que no hayan suscitado protestas en el público. En efecto, o yo no entiendo palabra o todo lo que se dicen Herodías y Herodes es para dicho en voz baja, y no a gritos, y menos ante el enviado del César. La madre, al exteriorizar sus celos, el padrastro, al descubrir su torpe inclinación, no lo han de hacer a voces; toda la escena de la terraza requiere mucho reprimido y poco chillado. Nadie matiza; nadie tiene en cuenta la verosimilitud. ¿Es culpa de la obra? Creo que no: lo que sucede es que los demás personajes, sacrificados a la protagonista, suponen que no tienen más oficio que hablar alto, para que el público entienda mejor el raro argumento.

Resumiendo mis impresiones acerca de la Xirgu, creo que se le puede vaticinar, sin ser un gran profeta, el más lisonjero porvenir. ¡Su edad florida, sus aptitudes tan variadas, su sentido de lo trágico y de lo dramático, y más que nada su reserva, su exquisito gusto al no abusar de recursos fáciles, encierran, al lado de la ya obtenida realidad, tantas promesas! Hay el inconveniente del acento, dicen, y, para orillararlo, la Xirgu tiene que imponerse cierta lentitud de pronunciación. Yo supongo que en una organización tan privilegiada pronto será vencido este obstáculo.

De todas suertes, la presencia en Madrid de esta actriz tan notable ha sido una fiesta para los que deseamos que el arte no decaiga, que haya quien sostenga la gloria de nuestro teatro nacional...

¿Nacional he dicho? Aquí está el *quid*. No representa Margarita Xirgu nada nacional; excepto el idilio de Rusiñol, *El patio azul*. Parece preferir lo extranjero, y sin gran acierto en la elección ni gran esmero en las traducciones. Y, ya que la Xirgu se limita a lo extranjero, sería mejor que hiciese el repertorio selecto, lo que ha logrado imponerse, las obras señaladas, entre las cuales *L'Aigrette* dista mucho de figurar.

* * *

En lo físico, la Xirgu, sin ser una belleza, posee rasgos y detalles excelentes para actriz. Su cuerpo es suelto de movimientos y elegante de actitudes, y sus formas, que ningún principio de obesidad ha atacado, tienen la castidad de lo juvenil, la gracia y gentileza del capullo. Su cabeza está bien inserta sobre el cuello y los hombros, y su cintura parece libre de corsé, aunque lo lleve. Gracias a este modelado, no débil dentro de la finura, cenceño y enjuto, puede la Xirgu convencer en *Salomé*, obra que sería intolerable presentada por una mujer algo gruesa, o de formas recias, o de modelado vulgar, porque la princesa de Judea tiene que parecerse a una pantera joven de elásticos giros y felinas coqueterías.

* * *

Hay un accesorio en la figura de la Xirgu que me ha interesado infinitamente, y son sus manos, de una hechura que no suele verse, como no sea en los retratos de Van Dick, el cual, lo mismo que otros pintores de su época, no copiaba del natural las extremidades, sino que tenía un dibujo ya hecho, que servía lo mismo para el pletórico duque de Oxford, que para una belleza de la corte.

Y nuestro realista Velázquez no dejó a veces de incurrir en este mismo convencionalismo, que escamoteaba una de las mayores dificultades del arte del retratista, porque obtener la semejanza de una mano no es menos difícil que obtener la de un rostro. Naturalmente, al pintar manos irreales, los maestros eligieron un modelo no sólo bello, sino espiritual, unas manos con alma y con un juego de dedos delicadísimo.

Pues esa mano que habla, por decirlo así, es la de la Xirgu, que encuentra en ella poderoso auxiliar para los efectos de la voz y del semblante.

Son largas y flexibles, ágiles y vivas, dramáticas y solemnes las manos de la Xirgu, y en ellas, la copa que se alza, la antorcha que se agita, adquieren un sentido profundo. Cuando las pasa por la negra cabellera de la testa cortada de Yokanán, yacente en el plato de plata, son unas manos de cera, que tienen fiebre, y aterran más las manos, que la cabeza misma del profeta, lívida y sangrante.

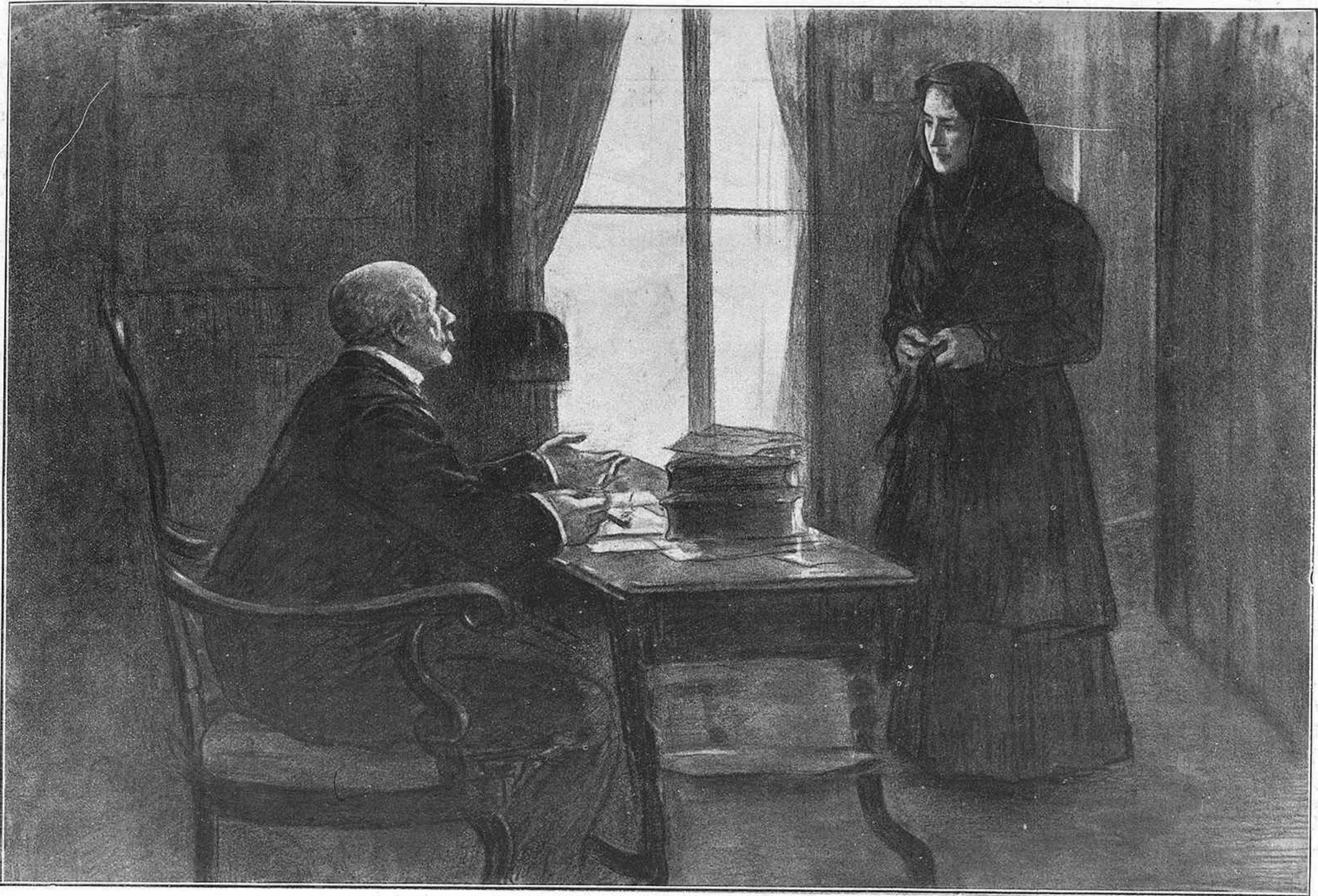
Con todos los elementos que a la ligera he reseñado, tiene la Xirgu más de lo que necesita para una carrera gloriosa.

Hay, lo he indicado al principio, mucha gente a quien no le caben en la cabeza dos actrices juntas, y que censura a una porque no es el exacto calco de otra. Yo desearía que se contasen por docenas, o siquiera por los dedos de la mano, las actrices capaces de emular a las que actualmente descuellan, por cualidades que está bien que no sean las mismas, y hasta casi convendría que fuesen opuestas, porque así se completarían, en el vasto y vario panorama del arte escénico.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de **Carlsbad**
es la única legítima Sal de

JUICIOS PREMATUROS, POR JOSÉ PABLO RIVAS, dibujo de Mas y Fondevila



Iba vestida de riguroso luto y sus ojos fijábanse tímidamente en el rostro ceñudo de D. Rafael Rojas

Por tres veces se le había apagado el cigarro al Sr. Rojas, director y propietario de un colegio de segunda enseñanza de una población de tercer orden, y otra vez volvió a encender una cerilla para poder continuar fumando.

Arrellanóse con toda comodidad en uno de los sillones de su despacho, dispuesto a saborear tranquilamente su cigarro, cuando oyó sonar el timbre de la puerta de la casa. Poco después llegó a sus oídos una voz de mujer que decía:

— Quisiera hablar con el Sr. Rojas.

Y al aparecer en la puerta el criado que iba a anunciar a la visitante, díjole malhumorado por aquella visita, que le privaba de entregarse por completo a su entretenimiento favorito, como era el de contemplar las espirales de humo que se escapan del aromático habano:

— Que pase.

Una señora alta y delgada, de facciones pálidas y modales distinguidos, entró en la habitación. Iba vestida de riguroso luto, y sus ojos fijábanse tímidamente en el rostro ceñudo del Doctor en Filosofía y Letras — según rezaban los prospectos anunciadores del colegio — D. Rafael Rojas.

Éste se levantó, ofreciéndole un asiento.

— ¿En qué puedo servir a usted?

— Soy la madre de Pablo Oliver.

Un gesto de desagrado dibujóse en el rostro del director del colegio.

— ¿Ha recibido usted mi carta?, díjole él secamente.

— Sí, señor, contestó la madre de Pablo suspirando; ésa es la causa de mi visita. Vengo a rogar a usted que vuelva de su acuerdo, que...

— ¡Imposible, señora! Su hijo de usted no solamente tiene muy pocas aptitudes para el estudio, sino que es sumamente holgazán, además de ser de muy malas inclinaciones. Siento mucho tener que decirselo a usted, pero es el muchacho más perverso y el peor estudiante que hay en todo el colegio. Estamos a fin de curso y no tiene ni una nota buena. En el Instituto aprueban el curso a mis alumnos por las notas de clase que yo presento, y como usted

comprenderá, sería inútil que Pablo se presentase, con las notas que tiene durante todo el curso.

— Pero, por Dios, dijo la pobre señora toda acongojada y llorosa, ¿no podría usted por una vez ser indulgente y hacer que Pablo fuese aprobado?

— Su hijo de usted no merece que yo haga eso, contestó el Sr. Rojas con duro laconismo.

La enlutada señora prorrumpió en sollozos.

— ¡Si usted supiera, balbuceó entrecortadamente, si se hiciera cargo de mi situación, no sería usted tan duro y comprendería mi insistencia! Hace un mes que murió mi marido, después de una larga y penosa enfermedad, que ha absorbido todo mi tiempo, por lo que no he podido ocuparme en mi hijo...; el pobrecillo ha vivido hasta ahora a rienda suelta..., sin nadie que se ocupase de él..., que le hiciese estudiar...; pero yo le aseguro a usted que desde ahora en adelante será otra cosa. Me consagraré a él, día y noche, le inculcaré el amor al estudio, le vigilaré continuamente..., mi hijo es bueno, y estoy segura de que se aplicará y recobrará el tiempo perdido.

Callóse, esperando alguna palabra del director, pero éste permaneció impasible. Con voz apagada continuó la pobre mujer:

— ¡Me haría usted tan inmenso favor! Mis recursos son muy escasos, y cada año que se retrase mi hijo en sus estudios, es una complicación para mí. El secretario del señor obispo, que era muy amigo de mi pobre marido, me ha ofrecido que en cuanto Pablo termine el bachillerato, le conseguirá una beca en el seminario..., y apenas tengo lo suficiente para sostenerlo estos dos años que le faltan...; si pierde ahora éste, caen por tierra todas mis esperanzas, y no sé qué será de mi hijo ni de mí.

El buen corazón de D. Rafael se ablandaba insensiblemente, pero el recuerdo de aquel muchachote holgazán y semisalvaje ahogó en él todo sentimiento de indulgencia.

— No puede ser, dijo al fin con decisión, no puede ser; si hiciese con su hijo lo que usted me pide, los padres de los demás que están en parecidas condiciones se quejarían con razón.

La madre de Pablo se levantó entonces.

— Perdone usted que le haya molestado, señor. ¡Buenos días!

Y salió lentamente, con la cabeza inclinada, como si se hubiese desplomado sobre ella una montaña. Al volverse en el umbral de la puerta para dirigir un último saludo al profesor de su hijo, éste vió sus ojos velados por silenciosas lágrimas que se agolpaban a ellos. Sin decir una palabra más, inclinóse ligeramente, abrió la puerta con trémula mano y la enlutada figura desapareció de la vista del profesor.

Volvió éste a quedarse solo, pero había algo en su interior que le mortificaba; no, no estaba satisfecho de sí mismo; reprochábale su dureza.

— ¡Pobre mujer!, pensó.

Y estuvo tentado de salir y llamar a la pobre madre, pero no lo hizo.

Otra vez volvieron a representársele las sangrientas burlas que Pablo hacía de él, en pago del interés que se había tomado porque fuese un muchacho de provecho; recordó las algarabías que promuchacho entre sus compañeros, instigándolos para que no entraran en clase; las mil diabluras que inventaba para introducir el desorden...; aquel mismo día, sin ir más lejos, a la hora de la lección soltó en medio de la clase una gran cantidad de escarabajos que había cogido y que llevaba guardados en su gorra. Los demás muchachos empezaron a correr y a gritar, y ya no hubo medio de restablecer el orden.

No, no merecía que él hiciese nada en favor suyo; además, tampoco tenía cabeza para estudiar; su madre había formado una opinión equivocada de su hijo; que le dedicase a un oficio y sería mucho mejor para los dos.

Después de tomada esta resolución, acercóse a la ventana de su despacho que daba al jardín.

De pronto, un murmullo de voces llegó hasta sus oídos.

Miró hacia donde sonaba el ruido y vió a cuatro o cinco muchachos que junto al seto de rosales, entre gritos y carcajadas, rodeaban a alguien que él no podía ver por impedírselo el grupo formado por los mozalbetes.

La diversión a que sus discípulos se entregaban

debía de ser muy de su gusto, pues no cesaban de reír, inclinándose hacia adelante, como si quisiesen atrapar algo.

— ¡Bah!, pensó el profesor, de seguro que andan a caza de alguna mariposa que burla sus esfuerzos ocultándose entre las flores.

De pronto, lanzó una exclamación de ira.

Por entre el grupo de los muchachos acertó a distinguir como una enorme flor roja.

Su hija, la preciosa Lulú, un encantador diablillo de diez años, llevaba aquel día un vestidito rojo, y era la hora en que acostumbraba a jugar por el jardín.

Ya iba a lanzarse el profesor fuera de la casa, cuando vio una cosa que lo dejó paralizado.

Corriendo a grandes zancadas y lanzando gritos semisalvajes, llegó un muchachote al grupo formado por los otros; a patadas y puñetazos abrióse paso entre ellos, y cogiendo a la niña, que estaba acurrucada contra los rosales, con los rubios bucles en desorden y defendiendo con los brazos su carita, que uno más atrevido quería besar, la levantó en sus brazos por encima de su cabeza y la pasó al otro lado del seto de rosales, dejándola caer sobre el suave césped.

Era Pablo.

Entonces los otros, furiosos por verse arrebatada su presa, lanzáronse sobre él, pretendiendo saltar el seto, para continuar persiguiendo a la niña.

Pero no contaban con Pablo. Con los pies, con las manos, hasta con los dientes, impidió a sus camaradas el llevar a cabo su designio. Sus puñetazos se multiplicaban; y aunque las espinas del rosál que le defendía por la espalda arañaban su cabeza y sus manos, seguía luchando heroicamente, mientras de cuando en cuando miraba por encima del seto para ver si la niña, que había echado a correr hacia la casa, estaba ya en salvo.

Dos o tres habían ya rodado por el suelo; pero las fuerzas de Pablo empezaban ya a decaer, cuando el director salió al jardín, dirigiéndose a aquel improvisado campo de batalla.

En cuanto los muchachos le vieron aparecer, echaron a correr como alma que lleva el diablo, haciendo lo mismo Pablo en cuanto se percató de la presencia de su maestro; pero al llamamiento de éste, que llevando de la mano a Lulú se dirigía hacia él, se detuvo.

Entonces, una gruesa piedra, arrojada por la cetera mano de uno de los que huían, dióle a Pablo en medio de las sienes, haciéndole rodar por el suelo ensangrentado. Al ver Lulú caer a su protector, corrió hacia él, cogiendo a su padre de la mano para obligarle a hacer lo mismo, y gruesas lágrimas reemplazaron la alegría que iluminaba su carita al verse libre del pasado peligro.

Al llegar al lado de Pablo, que había perdido el conocimiento a consecuencia del golpe recibido, el profesor lo cogió en sus brazos cariñosamente y lo llevó hasta su despacho, en donde le tendió sobre un diván y se dispuso a curarle aquella herida, causada por haber defendido a su hija.

Cuando Pablo abrió los ojos, brilló en ellos un relámpago de satisfacción y alegría al ver a Lulú sana y salva al lado de su padre, y el catedrático de Filosofía y Letras aprendió una cosa que no sabía a pesar de su ciencia, y es que no se debe juzgar nunca duramente a los hombres y menos a los niños,

porque de los más desalmados y más ruines puede surgir de pronto un santo o un héroe.

* * *

Han transcurrido veinte años. En la misma ven-



'Flor seca', cuadro de Rogelio López. (Barcelona. Salón Parés. — Fotografía de F. Serra.)

tana desde la cual viera un día el Sr. Rojas la caballería y noble acción de su odiado discípulo, está ahora asomada una joven y amante pareja.

Son Pablo y Lulú. El profesor, descubriendo en el muchacho grandes disposiciones para el estudio, le costeó la carrera universitaria, y una vez convertido en un brillante doctor en Filosofía y Letras, lo casó con su hija y le cedió la dirección del colegio, siendo Pablo un dechado de maestros y un modelo de maridos.

NOTAS DE ARTE

Reproducimos en esta página y en la siguiente un cuadro de Rogelio López, dos de S. Matilla y un monumento de José Llimona.

La obra de López, artista gaditano, demuestra en su autor un espíritu de observación profundo; esa joven que pensativa contempla la flor seca conservada entre las páginas de un libro, manifiesta de un modo claro por la expresión de su rostro y por su actitud la impresión que en su alma produce el hallazgo de aquel objeto, recuerdo de algún episodio amoroso que un día hizo latir las más delicadas fibras de su corazón. La belleza psicológica, por decirlo así, del cuadro, hállase avalorada por una ejecución sobria y correcta.

De los dos cuadros de Matilla nada hemos de decir, porque

en el número 1.686 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ya expusimos el concepto tan laudatorio que del público y de la crítica mereció la numerosa y notabilísima colección de sus obras que expuso en el Salón Parés.

La preciosa escultura de Llimona lleva impreso el sello que caracteriza todas las creaciones de su genial autor. Inspirada en el más delicado pensamiento, armoniza admirablemente por su sencillez y su severidad con el objeto que está destinada a representar y con el pintoresco lugar donde ha sido colocada, y constituye un valioso ornamento de la Escuela de bosque creada por nuestro Ayuntamiento en la montaña de Montjuich.

BARCELONA. — HOMENAJE A LA MEMORIA DE RÍUS Y TAULET

(Véanse los grabados de las páginas 372 y 373.)

Veinticinco años se han cumplido de aquella fecha gloriosa que inició una nueva era de grandeza y de prosperidad para Barcelona, de la inauguración de aquella Exposición Universal, primera celebrada en España, con la que nuestra ciudad dió ante el mundo entero el más alto ejemplo de lo que puede un pueblo cuando se siente movido por los más elevados ideales y pone al servicio de ellos una voluntad firme y un espíritu de abnegación patriótica que arrollan los más poderosos obstáculos y hacen posibles y aun fáciles los más gigantescos esfuerzos.

Pero aquel acontecimiento que en letras de oro registran en sus páginas los anales barceloneses, no hubiera podido realizarse sin un hombre cuya memoria ha de ser eternamente venerada y bendecida no sólo por Barcelona, sino por España entera, ya que en honor de España toda redundó la gloria que él supo conquistar para nuestra capital, y aquel hombre fué D. Francisco de P. Ríus y Taulet.

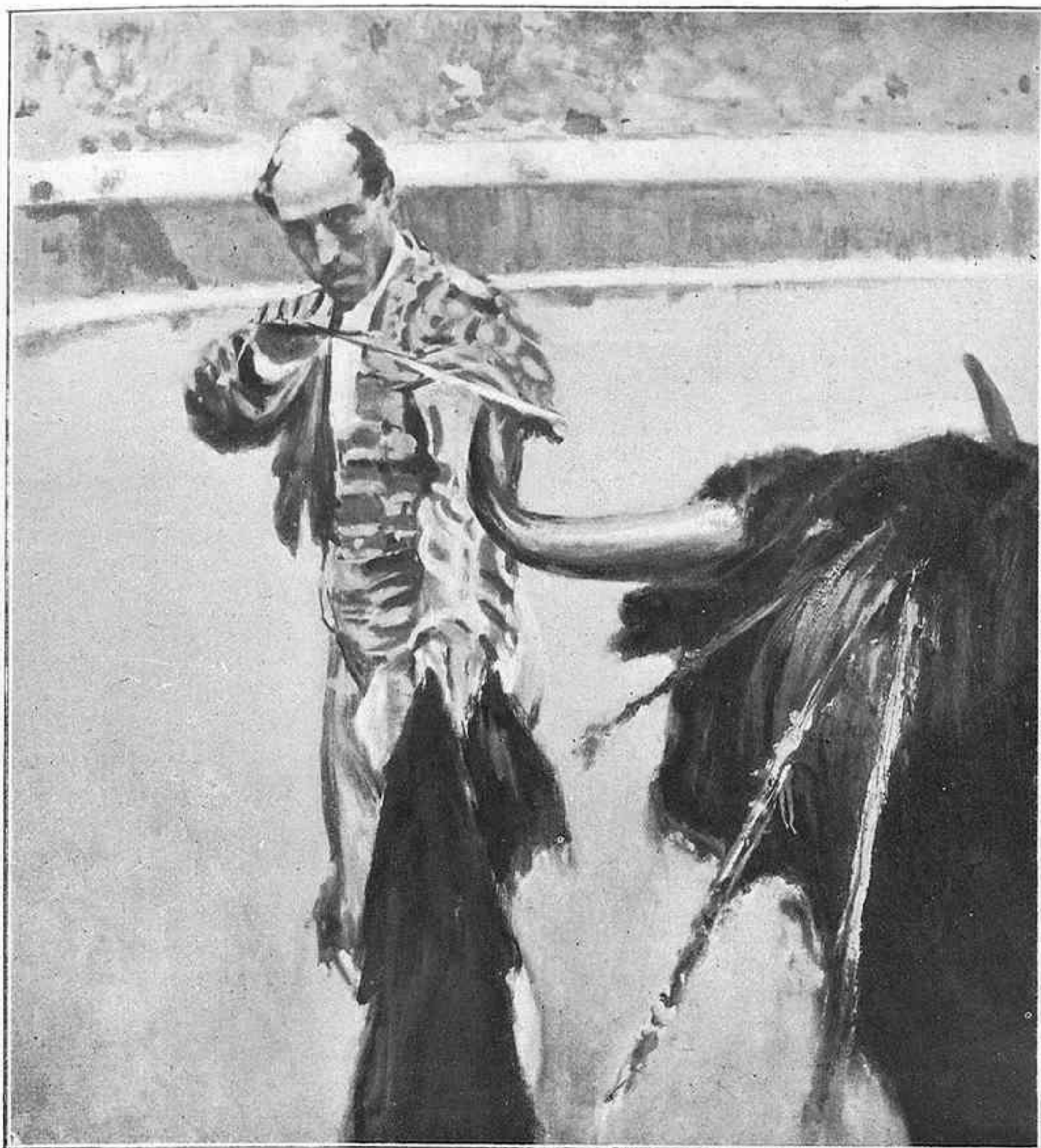
El actual alcalde accidental de Barcelona, en el llamamiento dirigido a nuestro pueblo invitándolo a conmemorar el XXV aniversario de aquella Exposición Universal, ha dedicado a la ilustre personalidad de Ríus y Taulet los siguientes párrafos que reproducimos, porque entendemos que ellos sintetizan por modo admirable lo que fué y lo que hizo por su idolatrada Barcelona el eminente patricio:

«Tuvo Barcelona la fortuna, en el pasado siglo, de que por tiempo breve, aunque suficiente para lograr la inmortalidad, rigiera sus destinos un hijo ilustre, de modesta alcurnia, que enamorado fervorosamente de su ciudad natal, la dedicó todo su afán, que era mucho; toda su voluntad, que era grande; todas sus iniciativas, que eran poderosas; y por último su propia vida, a los suyos necesaria, pero que en definitiva es lo que los héroes y los mártires dan en holocausto del ideal que los impulsa, cuando nada más les queda que ofrecer.

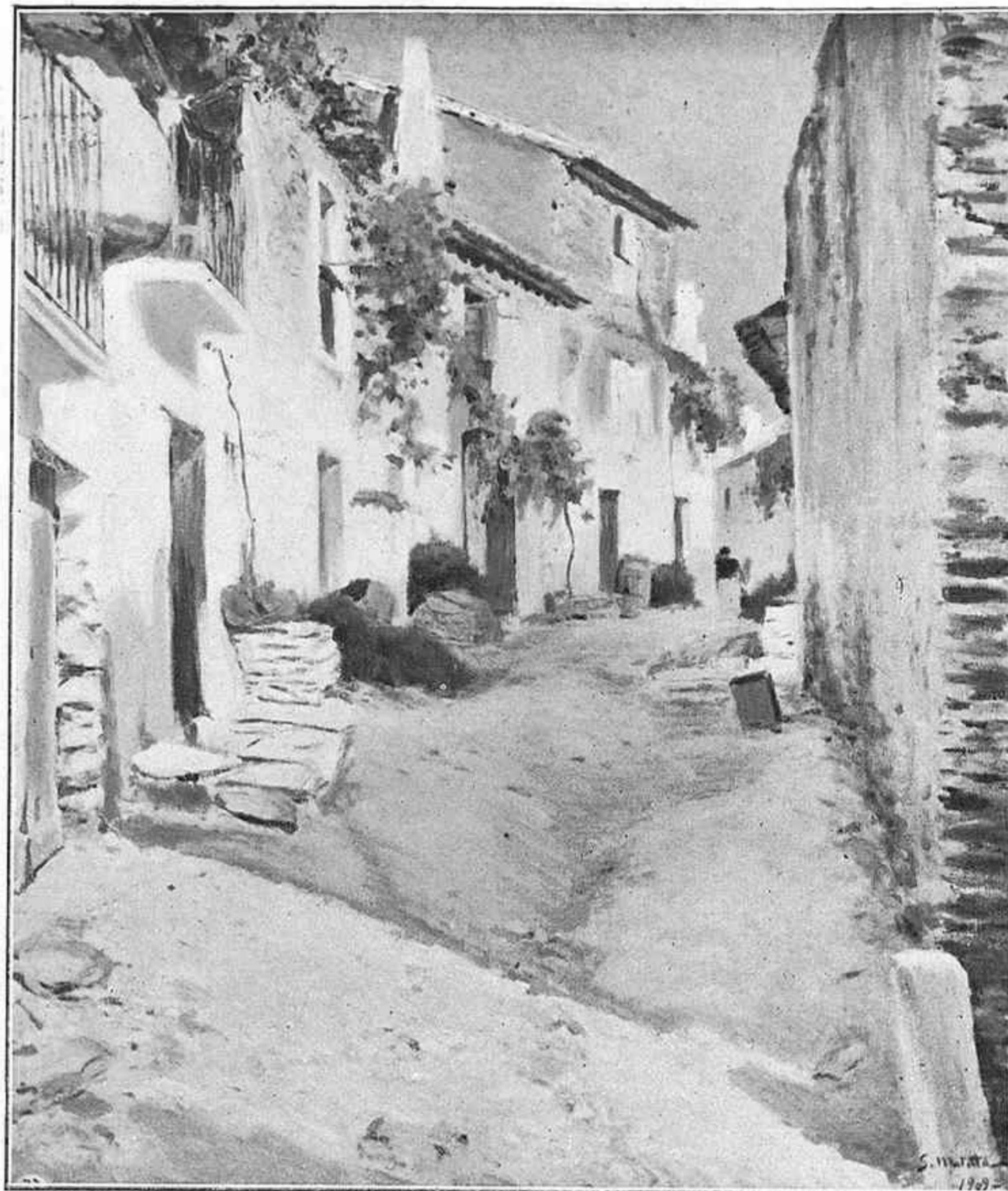
»Tal fué el modelo de alcaldes de pueblos grandes D. Francisco de P. Ríus y Taulet, que, puesta su mirada, con profética videncia, en el desarrollo de la ciudad, laboró, sin fatigas ni desmayos, por su grandeza, presagiando a breve plazo una urbe maravillosa que abarcará del mar a las montañas y del Besós al Llobregat, sueño realizado ya a los cinco lustros de su labor fructífera, cuyo remate digno fué la Exposición Universal de 1888, fausto acontecimiento del que recibieron mágico impulso las manifestaciones todas de grandeza de que la actual Barcelona hace gala a los ojos de sus maravillados visitantes.»

La ceremonia conmemorativa, que se efectuó el día 24 del mes pasado, fué solemnísimas. Reunidos en las Casas Consistoriales el Ayuntamiento en corporación, las autoridades, representantes de todas las corporaciones oficiales y de numerosas entidades, el hijo de Ríus y Taulet y los sobrevivientes de los comités organizadores de la Exposición de 1888, el Sr. Pirozzini leyó una interesante memoria sobre aquel certamen y los señores alcalde accidental y gobernador civil pronunciaron sentidos discursos. Acto seguido organizóse la procesión cívica, que se dirigió al Salón de San Juan, en donde había representaciones de cerca de cien entidades y un gentío inmenso, y se procedió a colocar una magnífica corona de bronce en el monumento a Ríus y Taulet. Luego la comitiva regresó a las Casas Consistoriales, desde uno de cuyos balcones el hijo de Ríus y Taulet y el alcalde accidental Sr. Pich pronunciaron elocuentes palabras, que fueron acogidas con estruendosos aplausos y vítores por el público que llenaba la Plaza de San Jaime.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se asocia con entusiasmo al homenaje y se complace en publicar algunas notas gráficas del mismo y el hermoso dibujo en que el ilustre artista Pellicer reprodujo el solemnísimas acto inaugural de aquella Exposición, efectuado en el Palacio de Bellas Artes bajo la presidencia de los Reyes D. Alfonso XIII y D.^a María Cristina.



EL GALLO, cuadro de S. Matilla



CALLE DEL TRUENO EN CADAQUES, cuadro de S. Matilla

(Barcelona. Salón Parés. - De fotografías de F. Serra.)



AMOR A LA INFANCIA, escultura de José Llimona, colocada en la Escuela municipal de Bosque recientemente inaugurada en la montaña de Montjuich de esta ciudad. (De fotografía de F. Serra.)

LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE LYÓN

El Presidente de la República francesa ha visitado oficialmente la Exposición Universal de Lyon y con este motivo ha permanecido tres días en aquella ciudad, que le ha dispensado un recibimiento en extremo entusiasta.

El día de su llegada, el Sr. Poincaré, después de una brillante recepción en la Prefectura, asistió en las Casas Consistoriales a un banquete que en su honor dió la ciudad y en el cual se cambiaron elocuentes brindis entre el alcalde Sr. Herriot y el Presidente, y por la noche concurrió a la función de gala que se celebró en el Gran Teatro.

Al día siguiente visitó el Museo de los tejidos, instalado en el Palacio del Comercio, en donde la Cámara de Comercio le obsequió con un banquete. Por la tarde visitó la Universidad y el Hospital, en donde se celebró otro banquete en su honor.

El último día de su estancia en



Valencia. Congreso internacional de arroceros.-Sesión de clausura Exministro D. Juan Navarro Reverter (x)

VALENCIA. - CONGRESO INTERNACIONAL DE ARROCEROS

Se ha celebrado recientemente en Valencia un Congreso internacional de arroceros al que han concurrido numerosísimos representantes de varias regiones españolas y de muchos países extranjeros, entre ellos Francia, Inglaterra, Italia, Grecia, Bélgica, Indias inglesas, Indo China, Argentina, Guatemala, Colombia, Venezuela, China, Madagascar y colonias francesas.

La importancia de este Congreso se comprende con sólo enumerar los temas que se han discutido en las ocho secciones en que se dividía y sobre los cuales se han presentado notabilísi-

mara Agrícola y un banquete en el Palace Hotel.

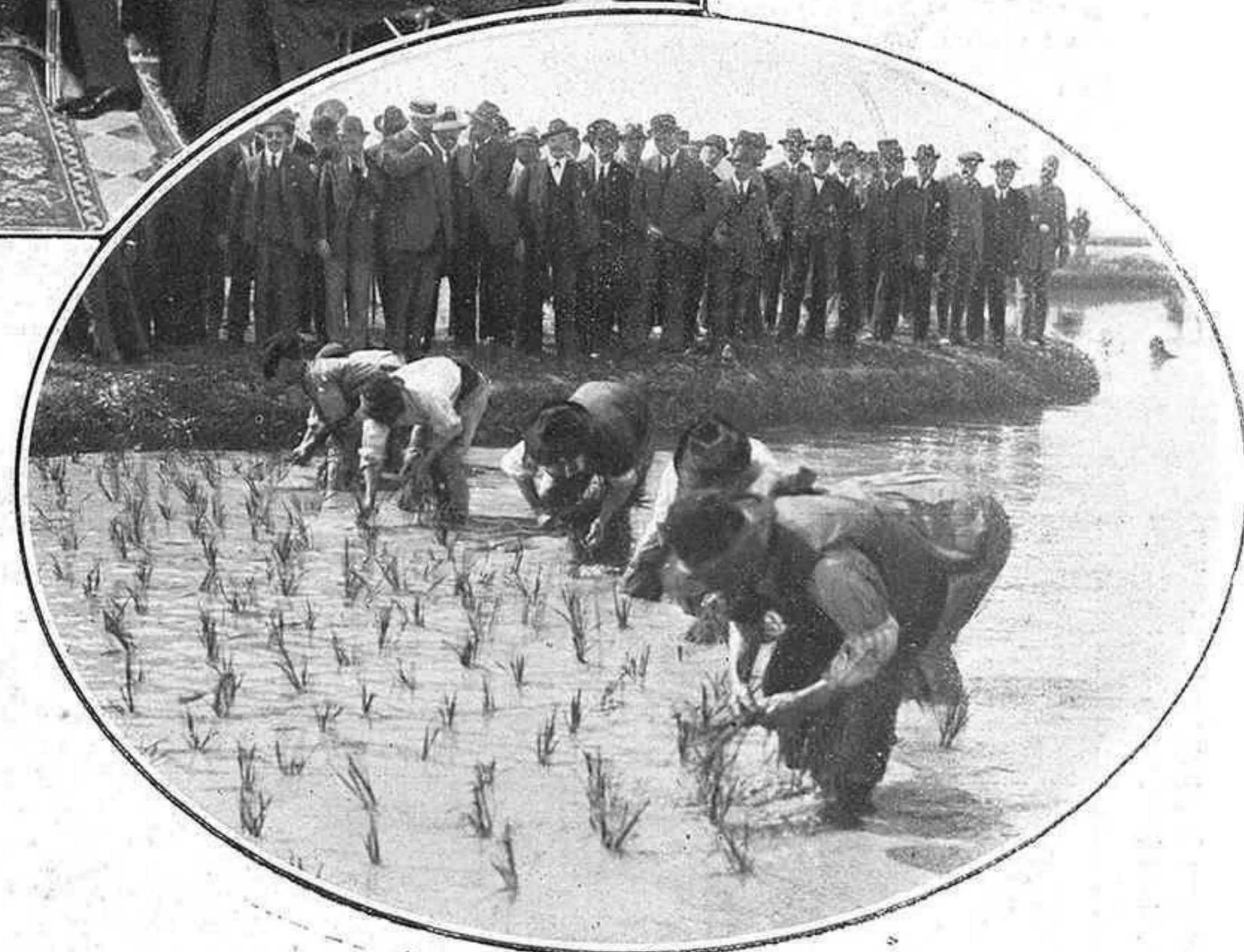
Además la Diputación provincial organizó en su honor una excursión a la Ribera Baja, habiendo durante la misma presenciado los congresistas las operaciones de la plantación de arroz y sido obsequiados con un *lunch* en Cullera y otro en Sueca. También efectuaron otras expediciones a la Albufera, a Alberique y a Montaneda.

LA CRUZ DE CUNA PARA EL HIJO RECIÉN NACIDO DEL PRÍNCIPE VÍCTOR NAPOLEÓN.

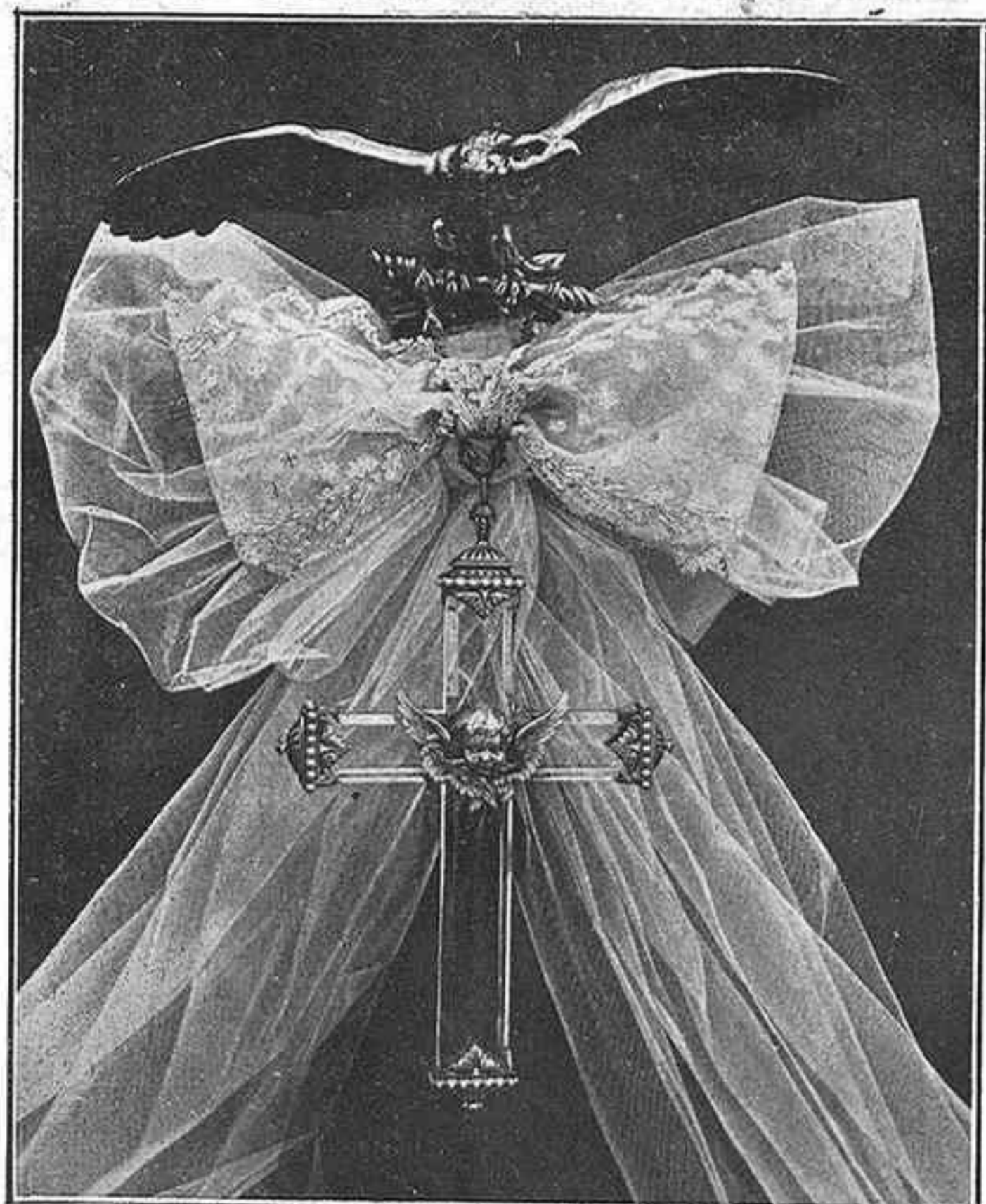
Con motivo del nacimiento del hijo del príncipe Víctor Napoleón y de la princesa Clementina de Bélgica, hija del difunto rey Leopoldo III, un comité de damas francesas ha regalado para la cuna del recién nacido la preciosa cruz que adjunta reproducimos. Es de cristal de roca, está adornada con muchos brillantes y otras piedras preciosas y va suspendida a un águila de plata dorada de gran tamaño; ha sido fabricada por los reputados joyeros parisienses señores Falize.

Dicha cruz ha sido entregada con ocasión de la ceremonia del bautizo del nuevo príncipe, acompañada de un libro de oro con una sentida dedicatoria de Federico Massón, en la que los donantes hacen firmes protestas de su fe y de su adhesión inquebrantable a la causa que el príncipe Víctor Manuel representa.

El bautizo se efectuó en Bruselas el 23 del mes pasado, habiendo sido padrinos el príncipe Luis Napoleón, hermano del príncipe Víctor, y la princesa Leticia en representación de S. M. la reina madre de Italia.



Los congresistas presenciando una plantación de arroz (De fotografías de J. M. Cabedo.)



Preciosa cruz para cuna, que la aristocracia napoleónica ha regalado al hijo recién nacido, del príncipe Víctor Napoleón y de la princesa Clementina de Bélgica. Obra del joyero parisiense Falize. (De fotografía de Harlingue.)

mos trabajos y se han adoptado interesantes conclusiones. Dichos temas eran: estudio de las variedades del arroz; su importación y medios para conservar sus caracteres por selección; proceso de la asimilación de las substancias fertilizadoras por el arroz y prácticas más modernas para abonar los arrozales; operaciones de recolección y preparación y máquinas más apropiadas para efectuar estas operaciones y reducir su coste especialmente en el cultivo en pequeña escala; influencia del perfeccionamiento de los métodos de cultivo del arroz en la provincia de Valencia como causa del cambio de su población caballar; trabajos más recientes sobre las principales enfermedades del arroz; comercio mundial del arroz y conveniencia de una reglamentación internacional que garantice la autenticidad de las marcas y de las procedencias; las cooperativas de producción y de consumo aplicadas a los arrozales; y el paludismo y el cultivo del arroz.

Las sesiones inaugural y de clausura se celebraron con gran solemnidad en el Paraninfo de la Universidad y fueron presididas por el conde de Montornés, como delegado del Gobierno. En la primera pronunciaron elocuentes discursos dicho señor y el alcalde de Valencia Sr. Maestre; y en la segunda, el propio señor, el exministro Sr. Navarro Reverter y todos los delegados extranjeros.

Los asistentes al Congreso han sido agasajados con una *garden-party* en los Viveros municipales; un *lunch* por la Cá-



Exposición Internacional de Lyon.-El Pabellón de Horticultura (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

Lyon, el Presidente inauguró un monumento a la mutualidad y asistió en la Prefectura a un almuerzo que, en su obsequio, dió el Consejo general. Por la tarde visitó la Exposición, acompañado del alcalde, del presidente del Consejo de Ministros, del ministro de Comercio, del comisario general, señor Courmont, y de las autoridades y otras personalidades distinguidas. Después de un sentido discurso de salutación del comisario general, el Sr. Poincaré recorrió la aldea alpina, que constituye uno de los más interesantes atractivos de la Exposición y en donde varias muchachas, vestidas con los trajes regionales le ofrecieron un ramo de flores de los Alpes; la exposición colonial, la sección de la sedería lyonesa, la del mobiliario, el salón parisiense, varias otras salas y los pabellones extranjeros, deteniéndose unos instantes en cada uno de ellos y felicitando a los representantes de cada nación.

Terminada su visita, el Sr. Poincaré regresó a la Prefectura y a las once de la noche salió para París.



La Avenida de las Naciones. - A derecha e izquierda se ven los pabellones de Bélgica, Austria, Italia y Estados Unidos

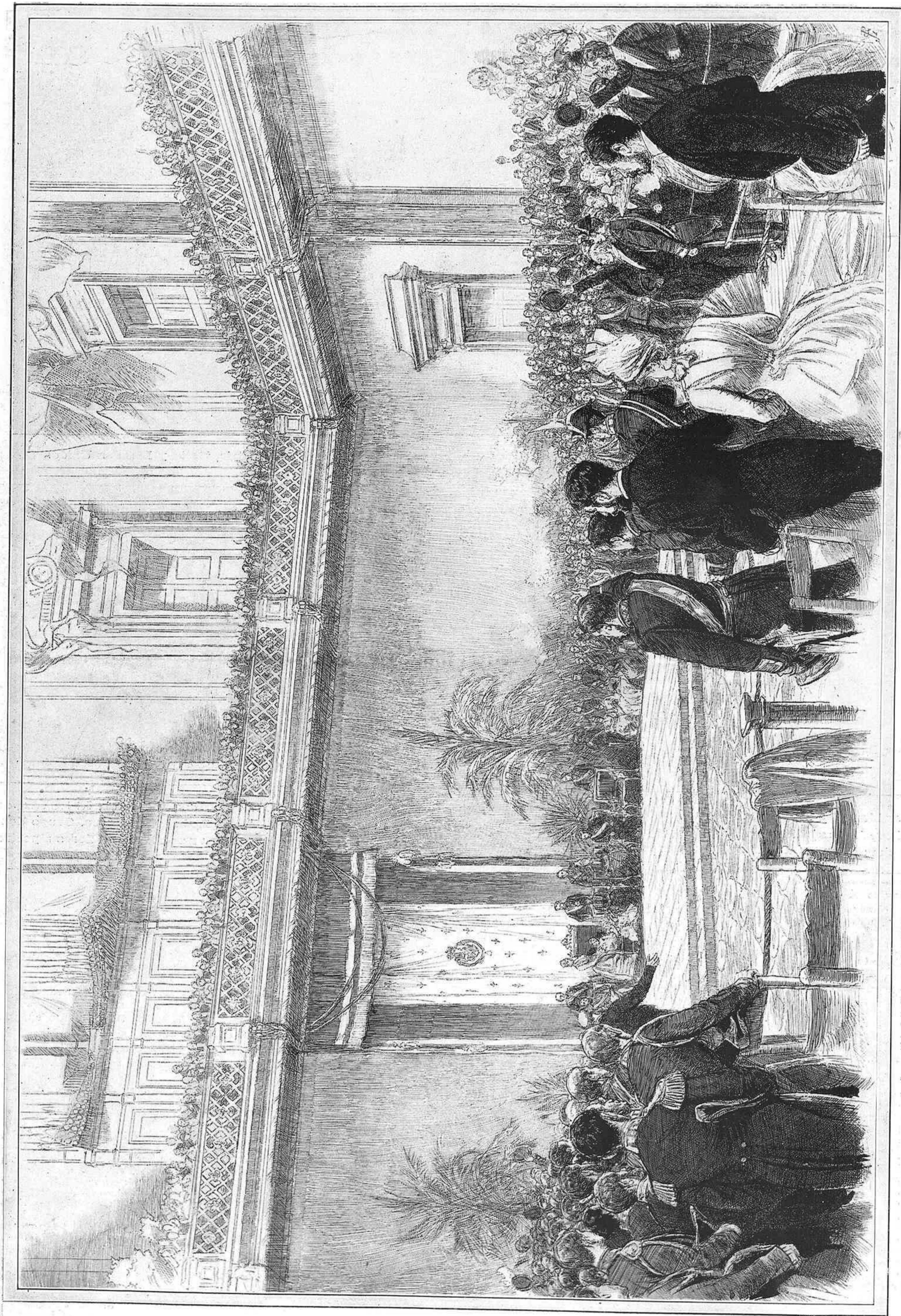


El Presidente de la República escuchando el discurso del Comisario general de la Exposición Sr. Courmont. A la derecha del Presidente está el presidente del Consejo de Ministros Sr. Doumergue y a la izquierda el alcalde de Lyon Sr. Herriot y el ministro de Comercio Sr. Peret. - En la aldea alpina. Grupo de muchachas oriundas de Saboya, Tarentaise, Maurienne y Delfinado esperando al Presidente para ofrecerle un ramillete de flores alpestres.

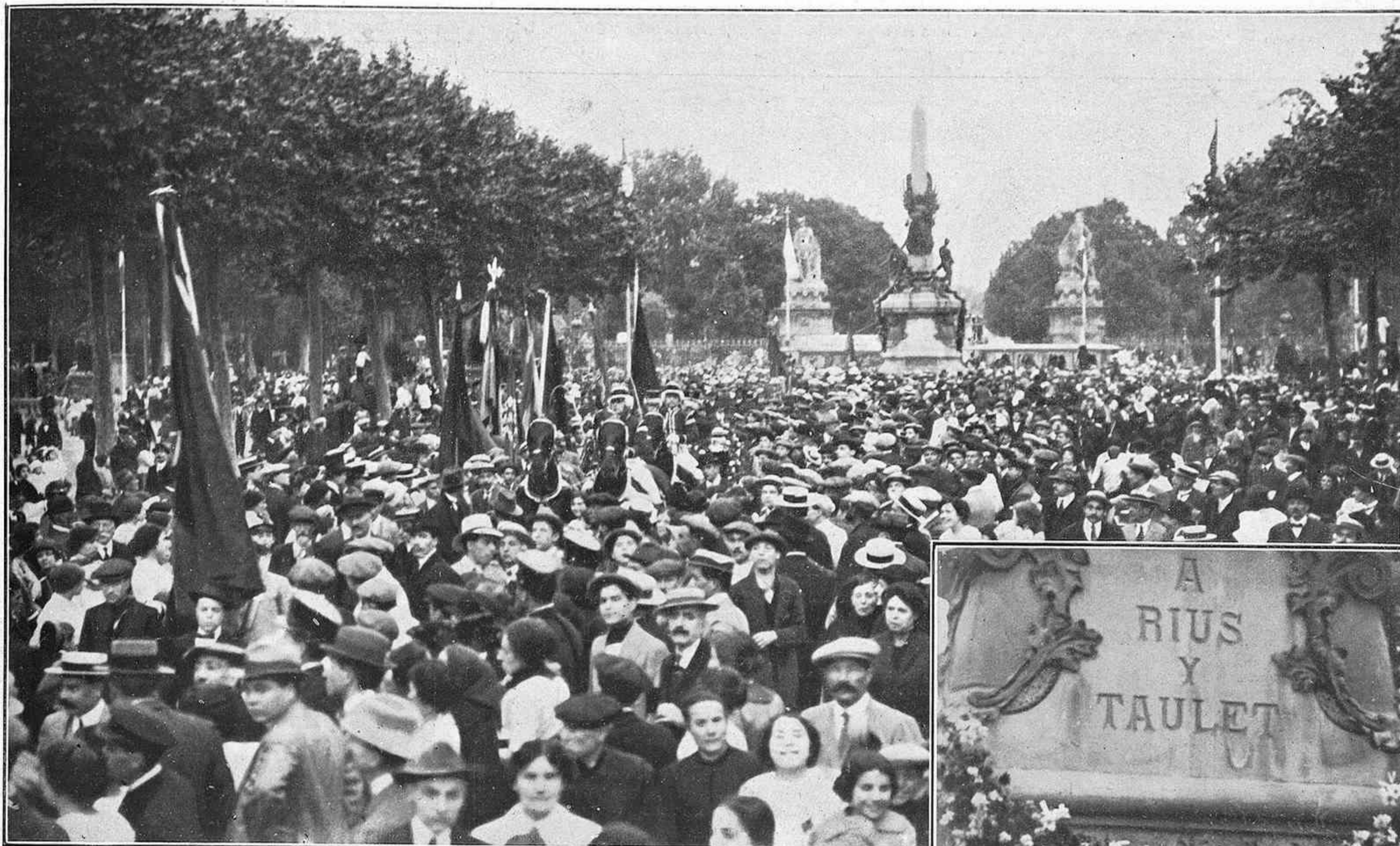


La aldea alpina, con su iglesia, plaza pública, etc., que constituye uno de los principales atractivos de la Exposición

BARCELONA. - RECUERDO DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE 1888, CUYO XXV ANIVERSARIO SE HA CELEBRADO RECIENTEMENTE



Ceremonia inaugural de la Exposición. - Aspecto del Salón del Palacio de Bellas Artes en el momento de pronunciar su discurso ante los Reyes D. Alfonso XIII y Doña María Cristina el alcalde de Barcelona D. Francisco de P. Rius y Taulat. (Dibujo a la pluma de José Luis Pellicer.)



La manifestación después de depositar en el monumento de Rius y Taulet la corona dedicada a los organizadores de la Exposición Universal de 1888

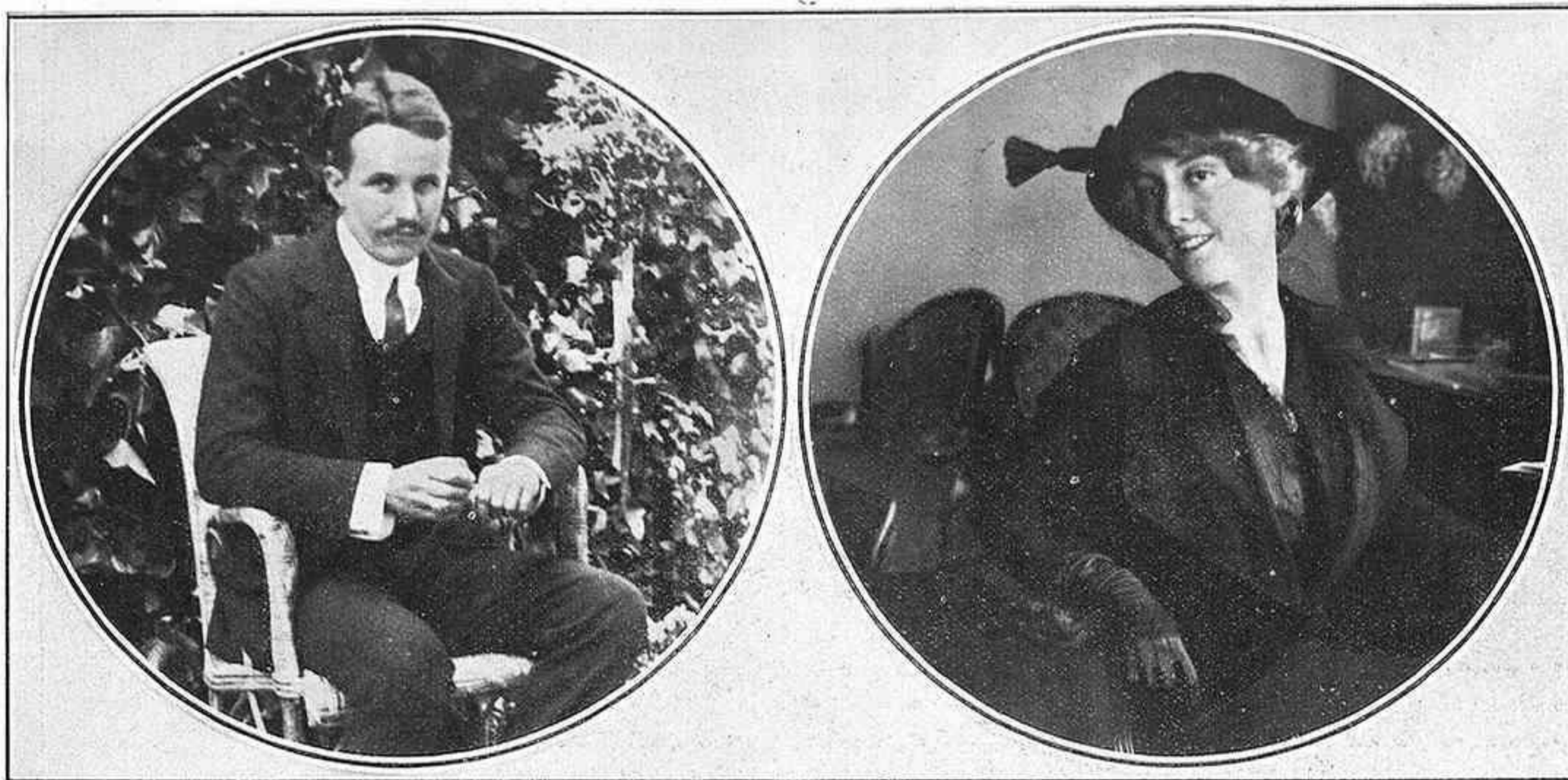
Corona de bronce depositada en el monumento de Rius y Taulet, proyectada por el arquitecto municipal Sr. Falqués y ejecutada en los talleres de los Sres. Ballarín y C.^a



El gobernador civil Sr. Andrade (1), el alcalde accidental Sr. Pich (2), el Sr. Rius y Rius (3), hijo del Sr. Rius y Taulet, y demás autoridades en el templete levantado junto al monumento en el acto de ser depositada en éste la corona. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

MADRID. - LA BODA DE MR. ROOSEVELT

Dentro de pocos días se celebrará en Madrid la boda de Mr. Kermit Roosevelt, hijo del expresidente de la República



Mr. Kermit Roosevelt, hijo del expresidente de la República de los Estados Unidos, y Miss Belle Willard, hija del embajador de aquella nación en España, que en breve contraerán matrimonio en Madrid. (Fotografía de J. Vidal.)

de los Estados Unidos, con Miss Belle Willard, hija del embajador de aquella nación en España.

El novio se encuentra en la corte desde hace una semana y su padre, que actualmente se halla en París de regreso de un largo y accidentado viaje de exploración, llegará allí en breve.

La condición de los novios y las simpatías que en Madrid ha



El ilustre compositor Ricardo Strauss, a quien el gobierno francés ha concedido la cruz de la Legión de Honor con motivo del estreno en París de su obra *La leyenda de José*. (De fotografía remitida por C. Trampus.)

sabido conquistarse la señorita Willard, hacen que esta boda haya despertado gran interés en los círculos de la alta sociedad madrileña.

RICARDO STRAUSS Y SU ÚLTIMA OBRA

En la Gran Ópera de París se ha estrenado recientemente el baile *La leyenda de José*, última obra del ilustre compositor Ricardo Strauss. El argumento, original de Hoffmannsthal y del conde Harry de Kesser, está inspirado en el conocido episodio bíblico; pero los autores lo han amplificado buscando en él un simbolismo que seguramente no admite la verdadera interpretación del pasaje de la *Biblia* y que los citados autores nos ofrecen presentando el contraste entre dos mundos: el del exceso, de la saciedad, de la opulencia, y el de la sencillez, del candor, de los sentimientos puros e ingenuos, representados por Putifar y su esposa y por José. Además han situado el drama en tiempo del Renacimiento italiano.

La acción del baile se desenvuelve en un amplio salón en donde Putifar y su esposa obsequian a sus invitados con un festín espléndido, durante el cual varios criados presentan multitud de objetos preciosos, grupos de bailarinas ejecutan voluptuosas danzas y cuadrillas de boxeadores luchan para divertirse a la concurrencia.

Conducido en una litera aparece el pastor José, el cual danza también «expresando (copiamos las palabras de un crítico parisiense) de una parte la inocencia e su vida pastoril, y de otra las aspiraciones hacia una vida heroica y divina». Los co-

mensales quedan embelesados y muy singularmente la mujer de Putifar a quien la belleza y la inspirada danza de José revelan un mundo desconocido y que compra al joven pastor y hace que lo conduzcan a un subterráneo, en donde se duerme. Allí acude aquella mujer con ánimo de seducir a José, pero desafiada por éste llama a las gentes del palacio; a sus voces acude una multitud de esclavas medio desnudas que se entregan a una danza salvaje, maldiciendo y ultrajando a José, el cual, acusado por su desafiada seductora, es cargado de cadenas. Cuando se disponen a darle tormento, aparece un arcángel que liberta al pastor y se lo lleva, mientras la esposa de Putifar, desesperada, se da la muerte.

La partitura de Ricardo Strauss es de una fuerza y de una frescura extraordinarias y señala un retorno, seguramente voluntario, a una sencillez mucho mayor de lo que otras obras anteriores del autor permitía esperar; circunstancia muy digna de notarse en estos tiempos en que los compositores tan poco se preocupan con aquella cualidad. Esta sencillez, sin embargo, no excluye la riqueza, pues en *La leyenda de José*, nada ha perdido de su abundancia ni de su color el lenguaje musical de Ricardo Strauss quien, en ésta como en sus pasadas obras, demuestra su conocimiento y su dominio incomparable de la orquesta y prodiga mil temas nuevos. Su música es además eminentemente clara, con lo cual el compositor ha corregido el intelectualismo algo exagerado de que adolecen los símbolos del libro.

La leyenda de José ha sido puesta en escena con un lujo y una riqueza verdaderamente extraordinarios y en ella se ha estrenado una magnífica decoración de nuestro paisano, el celebrado pintor José M.^a Sert, que es una obra de arte de gran valía, así por su propiedad arqueológica como por la suntuosi-



La Srta. Jacobita Miracle, que ha sido recientemente coronada en París Musa de la Canción. (De fotografía de Harlingue.)

dad de su composición y la brillantez de su colorido. Es una hermosísima reconstrucción de un palacio veneciano de sombrero y trágico esplendor, y ha merecido los más entusiastas elogios de la crítica. Reciba por su triunfo el Sr. Sert nuestra enhorabuena.

Los trajes han sido confeccionados según los figurines de Bask y se ajustan al estilo del Veronese.

En la ejecución se distinguieron las señoras Kousnetzoff, en el papel de mujer de Putifar, y Fokina, que baila de un modo admirable una danza de la Sulamita, y los señores Miassine y Boulgakow, intérpretes de los personajes de José y Putifar respectivamente.

El éxito de *La leyenda de José*, ha sido un éxito inmenso para Ricardo Strauss, que dirigió personalmente la orquesta el día del estreno, y a quien el Gobierno francés ha concedido la cruz de la Legión de Honor como en reconocimiento de su genio universalmente admirado.

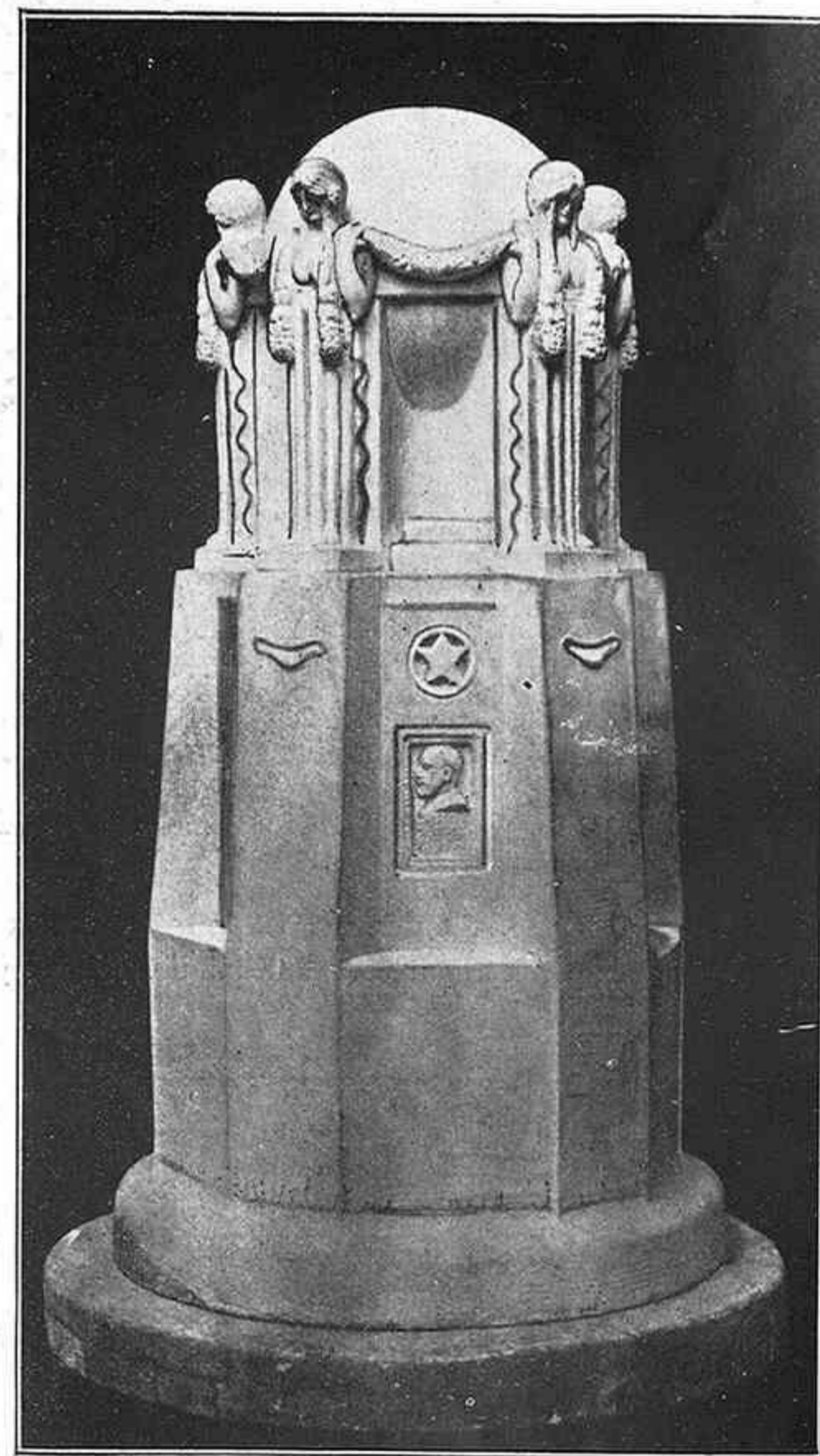
JACOBITA MIRACLE

En el amplio salón del Palacio de Fiestas de París se ha celebrado hace pocos días una ceremonia en extremo simpática: la coronación de la señorita Jacobita Miracle como Musa de la Canción francesa.

Había de presidir el acto el Sr. Couyba, exministro, senador y delicado poeta; pero imposibilitado a última hora de asistir, delegó su representación en el Sr. Riotor, presidente de la Sociedad de los Poetas franceses.

En el estrado, adornado con multitud de oriflomas y banderas, sentáronse, además de la Musa, el síndico del Consejo Municipal Sr. Gay, el diputado Sr. Constant Verlot, el consejero municipal Sr. Billard, los literatos Pedro Decourcelle y León Claretie, la célebre cancionista Ivette Guilbert y otras distinguidas personalidades del mundo artístico.

Comenzó la fiesta con un concierto, en el que tomaron parte



Primer monumento erigido a la lengua Esperanto, que se inauguró el 31 del mes pasado en Fransenbad (Bohemia) y es obra del escultor Carlos Wilfert. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

Teodoro Botrel, el bardo bretón; Julio Paura, decano de los artistas líricos, y otros muchos artistas de los teatros o cafés-concert parisienses, todos los cuales interpretaron las más bellas canciones del repertorio antiguo y moderno, siendo aplaudidos con gran entusiasmo.

Terminado el concierto, el presidente Sr. Riotor leyó un ingenioso y delicado discurso del Sr. Couyba en honor de la canción francesa y de la encantadora joven, personificación de la Musa, discurso que fué acogido por el público con unánimes bravos y calurosas aclamaciones.

Acto seguido, la popular Ivette Guilbert, reina de la Canción francesa, acercóse a la nueva soberana, ciñó sus sienes con la corona simbólica y con acento visiblemente emocionado felicitó a la señorita Miracle por su realza y en términos elocuentes y oportunos definió lo que ha sido, lo que es y lo que ha de ser la canción en Francia.

PRIMER MONUMENTO AL IDIOMA ESPERANTO

Con ocasión de celebrarse el primer Congreso Esperantista Austriaco, se ha inaugurado recientemente en la conocida estación termal de Fransenbad (Bohemia) el primer monumento a la lengua esperantista. En él se halla representada la idea esperantista universal por medio de un globo terrestre rodeado por cinco estatuas, que personifican las cinco partes del mundo, y sostenido por un macizo pedestal en cuya cara anterior se ve el retrato del Dr. Zamenhoff, el famoso inventor del idioma universal Esperanto. Sobre este retrato se ve la estrella simbólica que es la contraseña de los esperantistas.

El monumento es obra del escultor Carlos Wilfert, de Eger, mide cinco metros de altura y está construido en mármol italiano de la clase conocida comúnmente con el nombre de lumaquela.

Según puede verse en la reproducción que adjunta reproducimos, el monumento es de un aspecto severo y muy original.

LA VICTORIA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO ACKER. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

El, se volvió a mirarla, y ella se puso muy encarnada. Andrés entonces la miró de nuevo, con desdenosa compasión. Aquella muchacha que ocupaba el tiempo de convite en convite, probándose trajes, bailando, jugando al *golf*, aplaudiendo a conferenciantes, se atrevía a darle una aprobación que él no solicitaba. Pero era preciso que ella diese siempre su opinión, constantemente al acecho del *snobismo* más en moda; y que lo mismo se entusiasmaba por la aviación, como por la última fantasía del modisto célebre.

Terminó el almuerzo y volvieron todos al salón. Mientras los hombres tomaban el café, la señora de Crayán le hizo una seña a Andrés para que se acercara.

- Hijo mío, le dijo en voz baja, porque se le figuraba estar así más cerca del corazón de su hijo, hijo mío, ¿estás decididamente resuelto a hacer lo que has dicho? Yo no puedo creerlo. Creo que no has reflexionado bastante. Ese ha sido siempre tu mayor defecto; no reflexionas lo bastante. Yo te ruego que lo pienses bien. ¡Había yo soñado para ti un porvenir tan diferente! Que hubieses entrado en la Escuela Central, puesto que ya estabas admitido; nosotros te habríamos encontrado en París, sin gran dificultad, una buena colocación de ingeniero, y después te hubieras casado, llevando cerca de mí una existencia tranquila y dichosa, como tu hermano.

Andrés escuchábala desconcertado, ante aquella voz medrosa, que por lo común no animaba el salón más que con frases indiferentes, algo turbado también por aquel sueño mezquino y vulgar, pero tan tierno, que acariciaba la señora de Crayán. Ella era una de aquellas antiguas madres francesas, empeñadas en

creer que sus hijos siguen siendo siempre niños, a pesar de ser ya unos hombres, y que es preciso protegerlos continuamente.

- Hasta ahora te hemos dejado hacer todo lo que has querido. Creo que no puedes negármelo. No te hemos contrariado en nada, y, sin embargo, Dios sabe que te has complacido siempre en destruir nuestros proyectos. Tu padre se empeñó en que un joven de veinte años sabe lo que le conviene, y yo no quiero rebelarme contra su voluntad. No me opuse a que entrases en casa de los Breugeux; jamás olvidaré la tarde en que te vi salir del taller, vestido de obrero. ¡Ah, cuánto he llorado desde entonces! Pero, por lo visto, aun me esperaba sufrir más. ¡Qué ocurrencia te ha dado ahora! ¡Desterrarte en una aldea!, y después que esté construido tu aparato, ensayarlo, afrontar la muerte todos los días. ¡Y me lo dices con esa tranquilidad!. No, no creo que eso sea serio...; bastantes franceses hay para que lo hagan..., si tú me quieres, Andrés...

Y se calló, pues la emoción le impedía continuar hablando. Andrés que estaba sentado junto a ella en un taburete, la cogió las manos.

- Querida mamá, no creas que voy a limitarme exclusivamente a construir un aeroplano; cada mes se construye un aeroplano nuevo. Yo quiero, con un aeroplano de una forma especial, realizar algo villosos.

- ¿Y qué es ello?, interrogóle Le Dorat que se acercó a ambos.
- Sostenerme inmóvil en el aire.

no haberle oído, que se ha ensayado ya, pero sin buen éxito, un sistema de alas batientes.
- Sí, ya lo sé perfectamente.

- Además, continuó Le Dorat, nuestros motores, aun los más recientes, son aún muy pesados; mientras no se haya hallado un motor de cien caballos, que no pese más que un motor actual de cincuenta...

Andrés no le escuchaba. Estaba contando que partiría con un mecánico de los Breugeux, llamado Rouard; su camarada de taller, que era un obrero muy inteligente. Habitaría con él la casita heredada de su tía; un vasto campo que estaba muy cerca, serviría para los ensayos. Quizás vendría muy pronto, quizás serían necesarios meses y más meses, y hasta años. De todos modos, no se iría de Picardía, sin haber venido.

Con las manos en los bolsillos y la cabeza algo ladeada, Le Dorat examinábale como si quisiera tasar exactamente el valor de aquel singular muchacho.

- De modo que tarde o temprano, ¿piensa usted vencer?

- Tarde o temprano.

Pedro y Magdalena se habían acercado al grupo. Pero Andrés no hablaba más que para su madre ingeniándose en convencerla; de que el peligro era muy poco; de que la torpeza o la falta de serenidad, eran la causa de la mayor parte de los accidentes, y de que en una calle de París, la muerte acechaba con más probabilidades de llevarse su presa, que en las libres regiones del aire.

Lo que había es que se acostumbraba uno a aquel peligro cotidiano, dándolo al olvido por completo. Hablaba sin querer deslumbrar a nadie, con mucha naturalidad.

- Tú estás loco, repetía la señora de Crayán; estás loco.

- Y por último, mamá, tus amigos los Wrillet, tienen tres hijos; el mayor cuenta veinte años, diecinueve el segundo y diecisiete el tercero; los tres son aviadores, y sus padres no coartan su libertad. Y tú los admiras.

- No son hijos míos, exclamó. Pero la señora de Crayán había ido perdiendo terreno. Más desanimada continuó:

- Todo lo que digo es inútil.
- Pues yo, Andrés, declaró Magdalena, le aplaudo a usted con todas mis fuerzas. Si fuese hombre que-rría ayudarle.

La voz de la joven expresaba tal sinceridad, que Andrés se quedó sorprendido. Pero su prevención contra ella pudo más en su ánimo, y dirigióle un leve e irónico saludo como si le diese las gracias.

III

El tren-ómnibus que recorre lanzando resoplidos y bocanadas de humo el trayecto de Amiens a Abbeville, se detuvo en la primera estación del Catois. Andrés, que estaba de codos sobre la portezuela, la abrió.

- ¿Ya hemos llegado?, preguntó Rouard,
- Sí.



Andrés enseñó sus planos a Rouard

Le Dorat movió la cabeza con un gesto escéptico.
- ¿Nada más que eso?
- Nada más, repitió Andrés.
- ¿Y qué es eso?, preguntó inquieta la señora de Crayán.

- Hoy todavía, explicó Andrés, a causa del estado en que se halla la ciencia, los aeroplanos se ven obligados a volar con gran rapidez; pues a no ser así, serían juguetes del viento. Esta rapidez, hasta ahora, no puede disminuirla más que cortando el *allumage*, esto es, deteniendo el motor, y entonces no hay más remedio que descender; se descende en vuelo plano; pues bien, yo quiero disminuir esta rapidez o aumentarla a mi antojo, sin verme obligado a descender. Quiero también, en un momento dado, sostenerme en el aire como si estuviese inmóvil.

- Pero, hijo mío, exclamó la señora de Crayán, eso es la muerte segura... Te matarás. Estás loco, ¿verdad Le Dorat, que eso ya es demencia? Pruébesele usted.

- ¡Demencia!, ¡demencia!, dijo Le Dorat. Si Andrés me expusiese su proyecto, quizás podría yo probarle que se engaña.

- Hijo mío, Le Dorat podría serle útil. Andrés hizo un gesto negativo.
- Esas cosas no se dicen absolutamente a nadie, mamá.

- Usted no ignora, añadió Le Dorat que fingió

Andrés saltó al andén; Rouard le entregó dos maletas, saltando a su vez. Detrás de la estación, construida con ladrillos rojos y negros, un camino profundo, abierto bajo árboles de amarillo follaje, deslizábase entre matorrales, sobre los que flotaban aún tenues vapores azulados.

— Es bonito esto, dijo Rouard.

Decía esto sin entusiasmo, atónito de no encontrarse en un extremo del mundo, en un país de salvajes, como buen parisiense que era, y para el cual a pesar de la afición que sentía por las aventuras, la capital con sus cafés, sus tranvías, sus coches, sus *camelots*, es el único sitio en donde se puede vivir.

Esperábase un carrito. Andrés entregó al hombre que lo guiaba las dos maletas y el talón de los equipajes y dirigióse con Rouard hacia la aldea.

Algunas casitas bajas blanqueadas, de madera y argamasa, reposaban sobre un basamento de ladrillos alquitranados. La yedra trepaba por encima del tejado de tejas rojas, y rodeábanlas exiguos huertecillos, en donde crecían legumbres.

Las diez dieron en el esbelto campanario de la iglesia que perfilaba en el aire húmedo sus ojivas y sus tréboles de piedra blanca. A lo lejos, respondióle la voz aguda de otro campanario, luego el sonido grave de la campana mayor, y poco después, hacia la izquierda, notas de falsete, repitiendo el eco por todas partes, los sonidos claros y armoniosos de todas las campanas esparcidas por el valle.

Había llovido la víspera y la antevíspera, y, en el cielo gris, el viento empujaba hacia el mar las pesadas nubes. Las mujeres, desde el umbral de las puertas seguían con sus curiosos ojos a los dos desconocidos. Al llegar a un puente, la aldea terminaba de un modo brusco y repentino. El Somme corría, hinchado, pero sinuoso y lento; el agua, cuya débil corriente levantaba apenas las hojas brillantes de los nenúfares, estaba al nivel de sus orillas cubiertas de hierba, entre sauces llorones, cuyas ramas cortadas en el otoño reverdecían, y grandes álamos de argentadas hojas.

— ¿Qué es eso?, preguntó Rouard, prestando atención de improviso.

El aire estaba lleno de un suave y prolongado estremecimiento.

— Son los álamos, le explicó Andrés. Aquí los llaman carolinas. Sus hojas enrojecen en el otoño.

Atravesaron el puente. Un camino lleno de sombra, empedrado de sílex y de greda, seguía en línea recta. Dejaronle, para tomar por el sendero que bordeaba el río, en donde los alisos mostraban bajo la corteza caída su madera escarlata; a través de los árboles, vastos estanques reflejaban el cielo. De cuando en cuando, oíase el grito monótono de un cuclillo o el chillido agudo de un avefría. Por un claro que había entre los árboles, Rouard vió un perro negro, que, con la lengua fuera, conducía a los carneros vagabundos de un rebaño que seguía a paso lento un pastor. Todo le divertía. Andrés, después de tantos meses de estar sometido al trabajo metódico del taller, gozaba como la delicia de una liberación sintiendo la frescura del aire y de las yerbas, marchando al borde del tranquilo Somme, en medio de aquel profundo silencio. Libre, era libre, era su dueño. Y llamando a Rouard, que se detenía a cada instante, apresuró el paso hacia aquella humilde casa, en donde se desterraría quizás por largo tiempo, pero en la que debían triunfar un día sus esfuerzos. El dudaba menos que nunca de su triunfo, en la embriaguez ligera de aquella hora. Una vida nueva comenzaba para él, la única que él deseara, la vida obscura pero independiente del que trabaja por una hermosa idea.

Una esclusa obstruía el paso al Somme. El agua saltaba espumante por entre las cerradas puertas; y a unos cincuenta metros más allá del río ocultábase una casita tras un jardinillo. Era de planta baja, con las paredes blanqueadas, los postigos de las ventanas color castaño y estaba construída como las otras casas con montantes sólidos, vigas rudimentariamente escuadradas y argamasa. Una valla de madera separábala del camino.

El carretero llegó con los baúles y las maletas.

— Esa es la casa, dijo alegremente Andrés.

— No está mal, dijo Rouard.

El esclusero, receloso, los observaba desde el puentecillo. Al cabo, reconoció a Andrés.

— ¡Ah!, es el Sr. Crayán.

Y se acercó a ellos.

— ¿Va usted a instalarse aquí?

— Sí.

— ¿A pasar el verano?

— Sí.

— Todavía falta algo. Aun hemos de tener heladas, de seguro. Ya sabe usted que aquí las noches de mayo y sin nubes son malas.

— ¿Y dónde está la tía Picquet?, preguntó Andrés.

Era una mujer de la aldea que debía encargarse de preparar la comida y tener limpia la casa.

— Mire usted, por ahí viene, indicó el esclusero.

Efectivamente, la susodicha mujer avanzaba hacia ellos; era una vieja picarda; con un pañuelo blanco a la cabeza, el rostro muy arrugado, una gran nariz corva que se juntaba casi en los labios, pero musculosa y fuerte aun, más envejecida por el trabajo que por la edad.

— ¡Eh!, les dijo en su dialecto, yo no ando tan de prisa como ustedes y ése (y señalaba al carretero) no se ha apresurado en avisarme.

La vieja sacó una llave del bolsillo de su delantal, empujó la valla de madera, sacudió sobre el empedrado del patio la tierra pegada a sus zuecos, y abrió la puerta disculpándose de entrar la primera para abrir los postigos.

— ¡Diantre!, lo que es muebles no hay muchos.

El esclusero entró también seguido del carretero.

En una gran cocina enlosada de ladrillos rojos, y en el centro del hogar sostenida por los morillos, se veía una marmita cubierta de sebo; en medio de la vasta pieza había una mesa de madera y colgando de las paredes o alineados en vasares, algunos utensilios de cocina. Otra pieza contigua, enladrillada también y amueblada únicamente con una mesa plegadiza podía servir de comedor. Al lado otra sala, asimismo espaciosas, no contenía más que una cómoda.

— ¿Verdad, Rouard, pregúntele Andrés, que estaremos muy bien aquí?... Esa es la cocina, allí está el comedor que nos servirá también de gabinete de trabajo y aquella otra habitación será nuestro dormitorio; caben en ella muy bien dos camas. Es una verdadera casa de labriego picardo.

Rouard palpaba las paredes, hería el pavimento con sus zapatos, medía con los ojos las estrechas ventanas.

— Esto debe de ser húmedo.

— ¡Bah!, encenderemos fuego. ¿Hay algo más alegre que la leña al arder?

— ¿Y la luz?

— Una lámpara de petróleo..., que la colgaremos de ahí.

Andrés, con el dedo señalaba en el techo del comedor un gancho ennegrecido.

— ¡Vamos!, dijo dándole un golpecito amistoso en los hombros, ya veo que echas de menos tu cuarto de Neuilly, con agua y gas en todos los pisos, y el tranvía que circulaba hasta la una de la madrugada para volver a empezar a las seis... ¡Desdichado!, tienes una casa para ti solo, un río, un jardín, todo el campo, la libertad y aun no estás contento.

Sentíase excitado por una alegría juvenil.

— Ojalá que todas las casas campesinas fuesen tan bellas como ésta!, gruñó la tía Picquet lanzando a Rouard una mirada de reconvención.

Y continuó después en tono más cariñoso y suave al dirigirse a Andrés.

— Su tía de usted, la señora Coquerel, que no era ninguna aldeana, pasaba aquí antes todos los años el mes de julio, y nunca la oí proferir una queja. ¡Habrá que ver la casa cuando esté limpia, amueblada y puesta en orden!

— Así se hará, dijo Andrés. En cuanto a mí, yo no la cambiaría por ningún palacio.

A la izquierda de la casa bullía un arroyo que antes de arrojarle al Somme bordeaba un patio en donde se había construído un cobertizo.

— Podríamos convertir este cobertizo en taller, propuso Rouard.

A Andrés ya se le había ocurrido la misma cosa.

Entretanto, el carretero, ayudado por el esclusero, había traído los baúles.

— ¡Cuidado con mis cañas de pescar!, exclamó Rouard. Y le señaló a Andrés un paquete atado con cuerdas que el esclusero trataba sin consideración alguna.

— Me servirán para los domingos que no vaya a París.

La tía Picquet se informó de si aquellos señores se desayunarian. Esa era su intención y en seguida se irían a Amiens, para comprar todo lo que les hacía falta. Mientras llegaba la hora del desayuno saldrían un poco al campo.

Los dos amigos atravesaron el puentecillo de la esclusa, y entraron en un terreno inculto, donde las hierbas silvestres, empapadas aún por las recientes lluvias les llegaban hasta las rodillas.

— ¡Diantre! ¡vaya una humedad!, dijo Rouard.

En aquel momento desembocaban en un estrecho camino, labrado por profundos surcos, encerrado entre tribulos acuáticos, iris y fumaricas.

Al desgarrarse las nubes aparecía el cielo, de un azul muy pálido, muy suave, casi blanco. Todo cultivo había cesado de repente. Al extremo del horizon-

te que podía abarcarse con la mirada, en medio de una lujuriosa vegetación de un verde intenso, interrumpida de cuando en cuando por sauces y álamos blancos, estanques melancólicos reverberaban, heridos por los primeros rayos del sol, entre ribazos negruzcos. Los dos jóvenes contemplaron por algunos instantes aquel paisaje suavemente envuelto por un tenue vapor. Un aroma penetrante elevábase del suelo esponjoso.

— Eso es lo que llaman aquí el pantano, dijo Andrés.

— ¿Hay peces?, preguntó Andrés.

— Muchos, pero no se puede pescar sin el permiso de los propietarios.

El camino se desviaba y borrándose al través de pobres pastos terminaba en un vasto campo poligonal. A la derecha una línea caprichosa de árboles revelaba la presencia del Somme ocultando al mismo tiempo la aldea. A la izquierda, detrás de un canal, crecían altas hierbas donde pacían bueyes, y luego, en el horizonte, por encima de las lentas sinuosidades de un azul de espliego, que atravesaba una senda gredosa, las secas mesetas del terreno en que se crían los carneros.

Rouard examinaba aquel sitio.

— ¿Este es el campo?

— Sí.

— Es bastante grande. ¿Y los vientos?

— Por estar en el valle, el régimen es constante en unos cuarenta metros; pero más arriba reinan los vientos del Nordeste con grandes torbellinos.

— ¡Bah!, ¡aquí no haremos más que los ensayos! ¿Es tuyo este campo?

— Sí..., no creas que valga gran cosa. Es un pantano desecado...

— Habrá que construir un hangar; mira, aquí no estaría mal (Rouard indicaba un sitio a la entrada del campo y en el sentido de la diagonal). Por ejemplo, al virar, abandonarás el campo; es largo pero no es muy ancho.

— Al virar me meteré algo en el campo vecino.

De pronto, un rugido sordo y un penetrante silbido interrumpieron aquel hondo silencio.

— El expreso de París, dijo Andrés.

— ¿Se le toma en Amiens?, preguntó Rouard.

Andrés se echó a reír.

— Sí, pero pasarán unas cuantas semanas antes de que yo le tome.

Al regresar de nuevo a la aldea encontráronse en el camino del pantano con un hombre grueso, de rostro afeitado, que marchaba despaciosamente, cubierta la cabeza con un sombrero, y con un bastón en la mano. Saludó a Andrés, y al acercársele cambió con él unas cuantas palabras.

— ¿Quién es?, preguntó Rouard.

— El alcalde, un agricultor acomodado que se llama Peudecoeur. A él pertenecen los pastos de los bueyes y los estanques.

— ¡Qué nombre tan raro, Peudecoeur! (r)

— Hay muchos Peudecoeur en Flandes y en Picardía.

Desde el umbral de la casa, la tía Picquet, acechaba a Andrés y a Rouard.

En cuanto les vió aparecer, se metió en la cocina para batir la tortilla.

— Aquí no estarán ustedes tan bien servidos como en casa de sus padres, les dijo mientras se sentaban ante los platos de barro y los cubiertos de estaño que ella había traído.

No obstante, ella pensaba para sus adentros que Rouard no tenía el aire de un señorito.

IV

— ¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío!

La tía Picquet no podía contener su sorpresa.

No eran más que las siete y ya Andrés y Rouard, vistiendo sus chaquetas azules, trazaban en el comedor líneas y cifras sobre grandes hojas de papel que cubrían una gran mesa rectangular. La vieja mesa plegadiza fué relegada a un rincón. Había cuatro sillas de paja, muy sólidas, y en un aparador de madera blanca, apilábase la vajilla de loza pintada.

La tía Picquet se había aprovechado de la ausencia de los jóvenes para visitar a su hija menor, casada en Abbeville, encontrándose a su regreso con la casa enteramente transformada. Lo que despertó más su admiración fué la cocina, con su pavimento rojo, lavado, frotado, resplandeciente, con sus platos de barro vidriado y sus cucharas de estaño, resaltando llamantes sobre las paredes, sus ollas de barro y de hierro, alineadas en los vasares.

Llena de curiosidad entró en el dormitorio; una doble cortina que deslizábase de una extremidad del te-

(1) Poco corazón. (N. del T.)

cho a la otra, sobre una varilla, dividía la pieza en dos partes iguales, cada parte tenía su cama, su lavabo, una cómoda de pino y dos sillas de anea.

Rouard, desde luego, fijó con chinchas encima de la cabecera de su cama toda una serie de ilustraciones heterogéneas. Fotografías de actrices, fotografías de aeroplanos, grabados iluminados groseramente de publicaciones hebdomadarias, retratos de familia y amigos, y otro retrato de una joven bastante bonita que tenía una dedicatoria amorosa.

Andrés, después de haber colocado sobre su cómoda una miniatura de la señora de Crayán, la retiró al ver que Rouard muy orgulloso, le hacía los honores de lo que él llamaba su galería.

La tía Picquet deshacía en exclamaciones a la par que de admiración, de pena. No se explicaba, por qué la habían tomado a su servicio; ella era una completa inutilidad. Aquellos señores lo habían hecho todo ellos, y bien por cierto; pero debían haberse dicho y no se habría ido a Abbeville sino que les hubiera ayudado; pero como aun faltaban las cortinas de las ventanas, prometió hacer unas, pequeñas, de muselina de color, como las del Sr. Silviano, el propietario del castillo.

Pero lo que llenaba más de asombro a la tía Picquet, aunque no lo expresase, era el encontrarse con dos obreros, en vez de los dos parisienses que habían llegado la antevíspera. Respecto a Rouard, dudaba de que fuese un señorito; pero por qué había tenido la extravagante idea de vestirse de aquel modo, Andrés, el sobrino de la señora Coquerel? Daba vueltas alrededor de ellos, sintiendo en la lengua la gran comezón de interrogarlos.

— Usted quisiera saber, la dijo Rouard, lo que estamos haciendo.

— ¡Claro está!

— Estamos construyendo un aeroplano.

— ¿Qué ha dicho usted?

— Una máquina para volar.

— ¿Por el aire?

— Por el aire.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!, exclamó ella.

Y en seguida pensó que en cuanto estuviese libre, les daría a todos los de la aldea la sorprendente noticia de que el Sr. Andrés construía con un parisiense una máquina para volar.

Los dos amigos, mientras ella hacía sus quehaceres, continuaron trabajando.

Andrés enseñó sus planos a Rouard. Nada más sencillo que decidir que el aparato, un monoplano, fuera enteramente metálico, sin tela ni madera. No había más que substituir la tela con planchas de aluminio, y construir el armazón con tubos de acero.

Pero si Andrés tenía una imaginación viva, Rouard en cambio, gracias a su mayor experiencia técnica, adivinaba mejor las dificultades que podían presentarse, durante o después de la ejecución.

Andrés opinaba que la hélice, situada delante en los demás monoplanos, al lado del motor, no funcionaba normalmente, molestaba al piloto, y, a causa del esfuerzo que ejercía sobre el aparato para levantarlo, lo desarticulaba poco a poco.

Rouard opinaba lo mismo; pero mientras Andrés pensaba en introducir la hélice en el cuerpo del eje, Rouard le demostró que el día en que, debido a la acción del tiempo, el eje se debilitara, se rompería el aparato.

El plan primitivo recibió, pues, algunas modificaciones. Montarían la hélice sobre un árbol de acero, donde podrían montar también el asiento, el motor, las alas, ora directamente, ora por medio de procedimientos mecánicos.

Admitido esto, todo el esquema del aparato derivaba de ahí. Una espiga única de metal y muy resistente, pero lo menos pesada posible, constituiría el alma longitudinal del aeroplano. Ella sostendría delante por medio de un chasis metálico y ligero al motor y a sus accesorios, al asiento, y a las palancas de maniobras; directamente las alas y en su extremidad posterior, la arboladura y los gobernalles de dirección y de profundidad. Serviría, en fin, de eje de rotación de la hélice, colocada detrás del piloto.

De este modo pasaban los días.

A las seis de la mañana Andrés saltaba del lecho, sacudiendo a Rouard para que se despertara, el cual por encontrarse en el campo imaginábase que estaba de veraneo.

Levantándose a menudo más pronto que él, veía le dormir con tanto gusto, que no se atrevía a turbar su sueño; y salía llegando hasta la aldea, atraído por la vida cotidiana que en ella comenzaba. El Somme estaba aún envuelto en neblina. Dieron las cinco, repetidas por todos los campanarios del valle, y como despertándose bruscamente, las cornejas anidadas en las torres de las iglesias, partían en rápido vuelo hacia los estanques. Oíase a lo lejos, en princí-

pio, y más cercano después, un sonido estridente que iba acercándose poco a poco; y no tardaba en aparecer recorriendo a paso lento todas las calles, un muchacho de quince años armado de un bastón y que soplabla en un cuerno.

De todos los establos salían las bestias en tropel, confundidas unas con otras: las vacas, los carneros, los caballos, los pollinos acudiendo al llamamiento de su pastor, y yéndose dóciles tras él, encaminábanse a los pantanos, en donde crece jugosa la hierba. Los hornagueros se dirigían a su trabajo; las mujeres tocadas con su caperuza de lienzo blanco, cuyos grandes bordes las defienden del sol; los hombres empujando sus volquetes, en donde agitábase, la pala que remueve la turba, el cuchillo que la corta, y las planchas que se arrojan sobre el légamo.

Andrés contemplaba desvanecerse en la bruma, que el sol naciente pugnaba por rasgar, al pastor con su rebaño y los cuerpos encorvados de los hornagueros. Una ventana se abrió; después una puerita, avanzando una mujer hasta el umbral. ¿Qué hacía allí su amigo, mientras que todo empezaba a vivir, a moverse, a trabajar? Andrés apresuróse a volver a la casa.

— ¡Rouard! ¡Rouard!, gritó tirando del brazo a su soñoliento camarada.

La tía Picquet, que llegaba al mismo tiempo, encendió el fuego con las brasas guardadas bajo la ceniza; calentó el agua y preparó el café. Hasta las siete, podía prodigar su sabrosa charla de vieja picarda, pues a esta hora los dos jóvenes se encerraban en el comedor, e inclinados sobre sus planos, empezaban a discutir.

A las doce la tía Picquet llamaba a la puerta, ponía los cubiertos sobre la mesa plegadiza y servía el almuerzo. A las dos de la tarde volvían a continuar su trabajo, interrumpiéndole a las cuatro, como en las fábricas y en los talleres, para reposar un breve rato, y terminándolo a las siete, cuando los pastorcillos, llamándose con tres notas de un extremo a otro del valle, anunciaban su vuelta.

Rouard, que no era nada hablador, leía después de comer los folletines de los periódicos, fumando al mismo tiempo innumerables cigarrillos.

Andrés salía de nuevo; gustábasele sobremanera aquellas noches de mayo, claras y sin nubes, en las que sobre el suelo, recalentado durante el día por el sol, y enfriado muy pronto, se elevan, se despliegan y agitan blancos vapores.

En los pantanos croaban las ranas y respirábase ya ese aroma tan suave, y un poco empalagoso, que exhalan en junio, en la época de la floración, las plantas bulbosas y la menta silvestre. Andrés erraba a su capricho, y deteníase a veces para contemplar bajo la luz pálida de la luna, un recodo misterioso del Somme, un viejo sauce inclinado, o el reflejo amarillo del astro nocturno resbalando sobre un estanque.

Sus recuerdos representábanle ante sus ojos a un niño encajado ya del peligrante, y cuyo corazón latía al trazar ardientes proyectos. Este niño era él; su fiebre antigua y juvenil era la misma que animaba hoy con un ritmo jubiloso su trabajo.

¡Qué de sueños había forjado! Primero, de niño, en el colegio, cuando aburríase en el banco en donde le retenía prisionero la lección monótona; después de adolescente feliz formado por una educación nueva, en la activa libertad del campo, y por último, de joven que busca inquieto la ruta de su destino. A aquella hora en que la naturaleza no parecía existir más que para él, el silencio, la noche, los aspectos extraños de la sombra, todo contribuía a exaltarle más. ¡Magníficos instantes en que el espíritu impetuoso se inflama, concibiendo antes que las pacientes manos se ensayen en construir! No estaba lejos el día, que en aquel cielo que le desafiaba, más seguro de su vuelo que el pájaro que huye de la tempestad, dirigiría a su antojo su marcha triunfal. ¡Qué poder tan grande sentía en su espíritu! Adelantándose ya al tiempo, seguía al través de las estrellas la estela de su aparato victorioso.

Un domingo por la tarde, Rouard, todavía bajo el influjo del placer que le procuraba su estancia en el campo, pescaba, autorizado por el alcalde, en un estanque del pantano. Los álamos blancos y los sauces mezclaban su follaje argentado y el sol jugaba sobre la inmensidad de las hierbas y de las aguas temblorosas.

En el momento en que Rouard pescaba una carpa, el Sr. Peudecoeur, jovial, con su aire astuto y su bastón bajo el brazo, les saludó.

— ¿Pican los peces, eh? ¿Ha cogido usted muchos? Ese es un buen estanque... Ahí he hecho yo pescas magníficas.

Rouard le enseñó la carpa y dos tencas.

— ¿Y el aeroplano marcha?, le preguntó el Sr. Peudecoeur después de haberlas pesado. Lo están cons-

truyendo entre ustedes dos!.. ¡Esto no es posible!..

Rouard, sin hacer caso de él, tenía puesta toda su atención en el tapón del sedal. El Sr. Peudecoeur se sentó en el suelo al lado de Andrés y empezó a contarle chismes. Se «hablaba» mucho de los jóvenes en la aldea. Un viejo pastor, educado por los curas, decía que trabajaban con el diablo... Otros los censuraban por no emplear en sus trabajos a gente del país... Los campesinos suelen ser muy vidriosos.

— ¿Y en qué quiere usted que los empleásemos?, respondió Andrés. Nosotros no hacemos más que trazar líneas negras sobre papel blanco... Las piezas han de fabricarse en París... Nosotros no tendremos más que montarlas.

El Sr. Peudecoeur no insistió; él limitábase a darme un consejo de amigo... Ellos obrarían como quisiesen... Y acabó por hacer un gesto desdeñoso ante aquellas hablillas de taberna.

— Además, no crean ustedes que he venido precisamente por eso.

Como Andrés le mirase sin comprenderle, él se explicó en un tono algo más confidencial. Crayán y Rouard eran sus administrados, sobre todo Crayán que poseía una casa y un campo... el mayor de la comarca. Él abrigaba la esperanza de que el día menos pensado el Sr. Crayán se inscribiría en la lista electoral. En el Catois había un castillo. El castillano, el Sr. Silviano, era uña y carne con el cura... Él utilizaba como jardineros criados y albañiles a habitantes de la aldea que, para no perder su puesto, votaban según sus órdenes... Habiales sido muy difícil expulsar a las monjas, teniendo que echar mano para ello de los gendarmes; y la lucha para obtener la mayoría en el Concejo no pudo ser tampoco más reñida. ¡Ah!, ¡aquí también hay que luchar por la República!

— ¡Bah!, ¡luchar por la República!, dijo con acento burlón Rouard, que examinaba el anzuelo de su caña de pescar. Yo, caballero, he estado a punto de ser nacionalista y militarista, y ahora soy sindicalista. Lucho por mí y esto me basta.

El Sr. Peudecoeur miró de soslayo a Rouard, y luego con el entrecejo fruncido, a Andrés, que se mantenía muy serio y silencioso. Crayán estaba destinado a tener una gran situación en el Catois... Si su aeroplano llegaba a volar, instalaría una fábrica allí mismo.

Cuando se construye un aeroplano es para venderlo más o menos tarde. Crayán tendría entonces influencia sobre sus obreros, y por consiguiente estaría al lado del alcalde y de sus amigos.

— ¿Sus amigos de usted?

— Sí; los radicales. Nuestro diputado es el Sr. Levé, uno de los jefes del partido.

— No se le conoce en el batallón, interrumpió Rouard, con acento impertinente, y empleando una vieja expresión de cuartel.

El Sr. Peudecoeur fingió no oírle.

— ¿En dónde está usted inscripto, Andrés? ¿En París?

Le llamaba bonachonamente por su nombre para seducirle.

— No.

— ¿En dónde?

— En ninguna parte.

— ¿En ninguna parte? ¿Entonces usted no ha votado nunca?

— Nunca.

— Muy mal hecho. Voy a inscribirle a usted inmediatamente en la lista del Catois. Le inscribiré con fecha atrasada, y votará usted en las próximas elecciones municipales.

— Ahórreme usted ese trabajo señor alcalde, dijo Andrés.

Levantóse, imitándole seguidamente el Sr. Peudecoeur.

Andrés experimentaba hacia los políticos la escasa admiración que sienten por ellos la mayoría de los jóvenes de su generación.

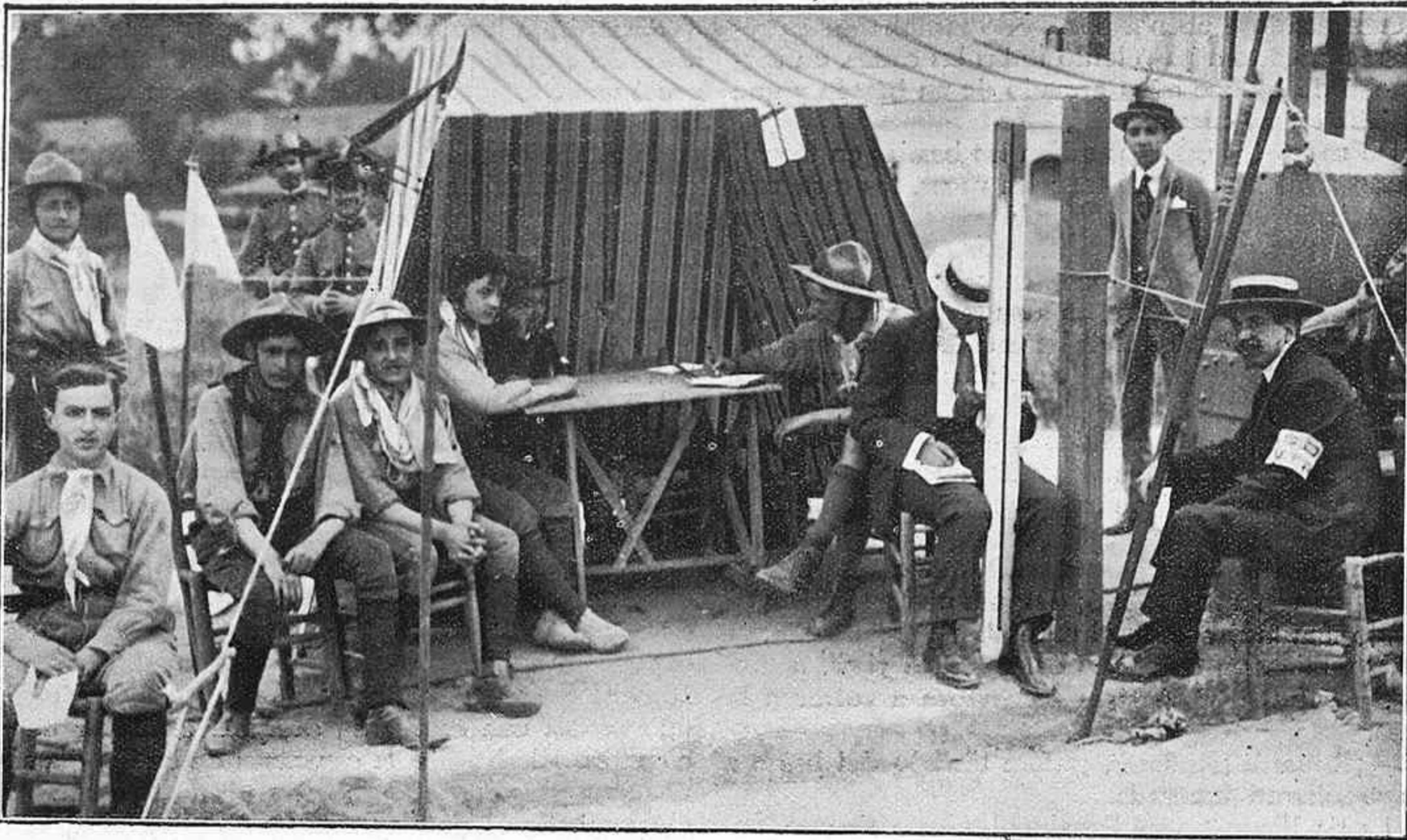
Su naturaleza idealista no podía comprender que bajo la máscara de palabras vacías y sonoras persiguiese un partido el único fin de arrancar al país sus tradiciones, sus creencias, sus afectos, todo lo que le había hecho grande en el mundo y el de tiranizar en nombre de una falsa libertad a todos los que no compartían sus odios.

Andrés colocaba la patria por encima de toda forma de gobierno, o mejor dicho, el único gobierno que le parecía digno de este nombre debía considerar las cosas precisamente desde el punto de vista nacional.

¿Qué era aquello que servía la fuerza, o la prosperidad, o el honor de la patria?

Esto era lo que debía determinar todos los actos del poder, pero no era siempre así.

(Se continuará.)

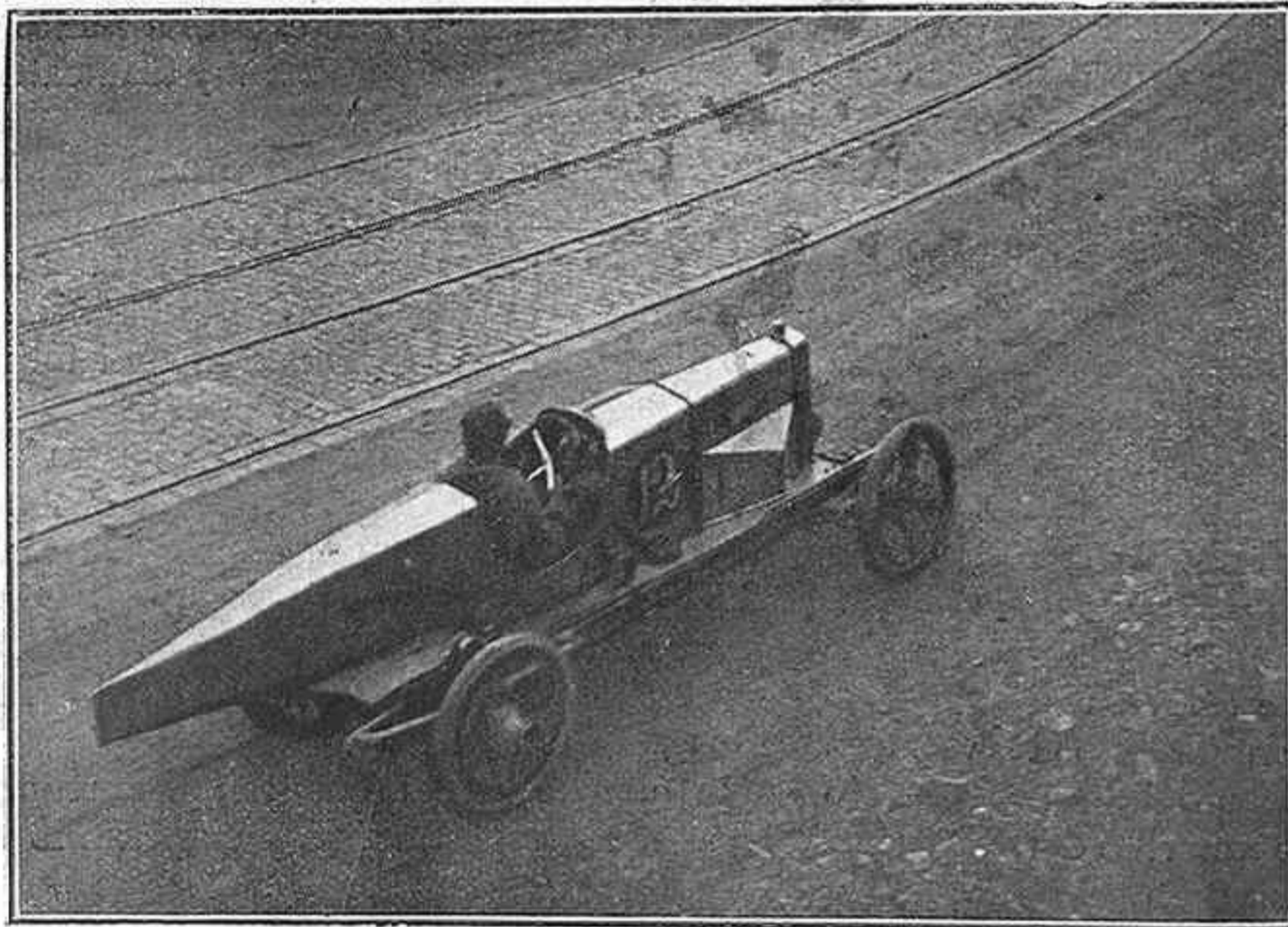


Instalación telefónica montada por los boy-scouts

BARCELONA.-CONCURSO EN CUESTA DE AUTOMÓVILES EN EL TIBIDABO

Organizadas por el Real Automóvil Club de Cataluña, efectuáronse el domingo 24 del mes pasado las carreras de automóviles, que constituyeron un verdadero éxito para aquella entidad e interesaron grandemente al numeroso público que acudió a presenciarlas.

La Avenida del Tibidabo ofrecía magnífico aspecto: las sillas coloca-

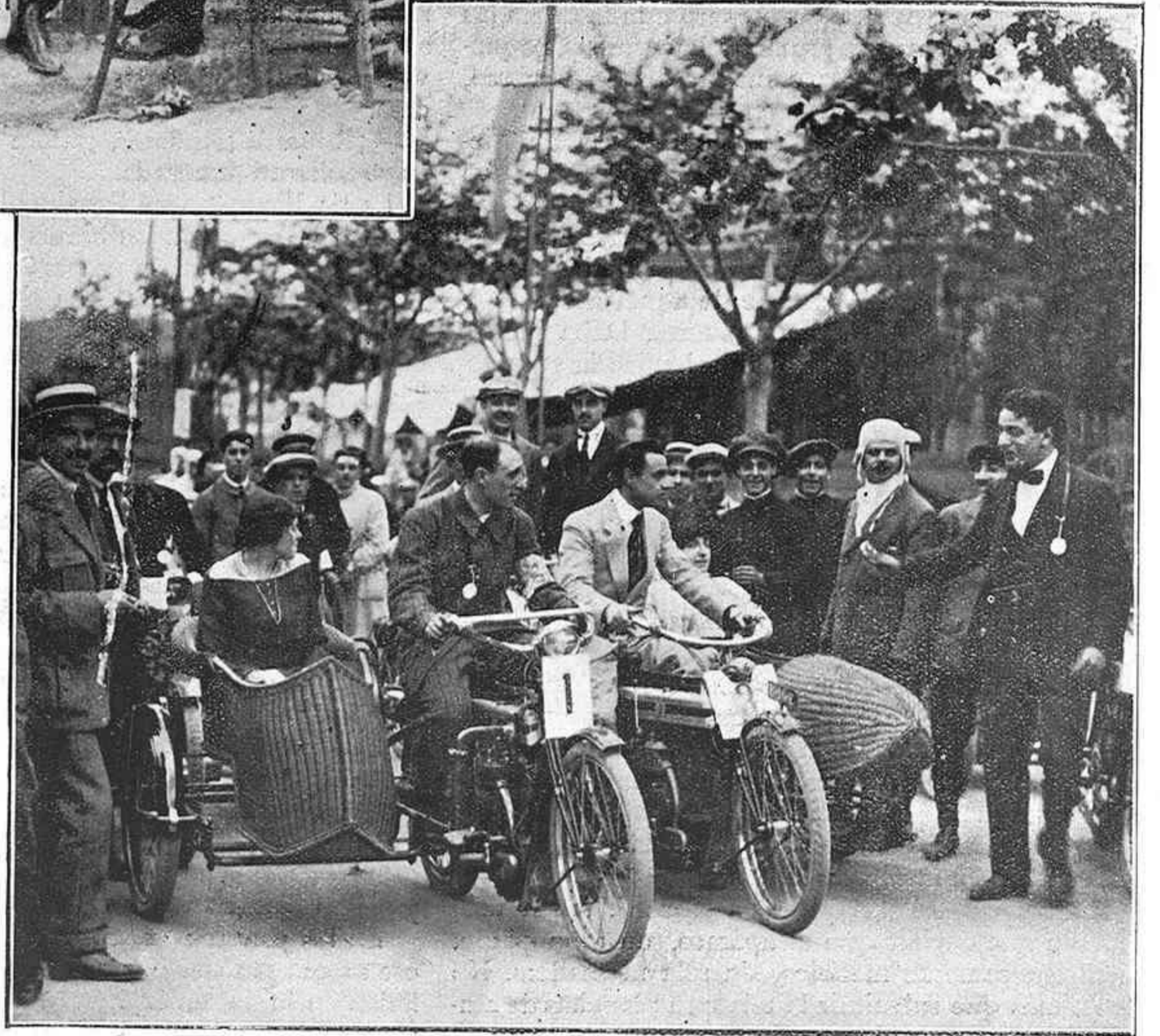


Coche Hispano-Suiza conducido por Massaguer, que ganó el premio de la cuarta categoría. (De fotografía «Stadium».)

das a ambos lados hallábanse ocupadas en su totalidad; las torres en ella situadas estaban atestadas de distinguida concurrencia y en el sitio libre se instaló un gentío enorme. En la plazoleta del funicular y en la línea de éste habíanse levantado gran número de palcos y tribunas de los que ninguno quedó desocupado y en los cuales se veía a las más conocidas familias de nuestra mejor sociedad. Además, todos los lugares desde donde podía contemplarse el espectáculo hallábanse llenos de espectadores.

Los boy-scouts se situaron en varios puntos del trayecto que debían recorrer los coches y en los cuales levantaron sus tiendas de campaña y una sección de ellos cuidó de la instalación y servicio de una línea telefónica que se estableció desde el punto de salida al de llegada, dándose telefónicamente desde la primera la hora de salida a la segunda. Los jueces de salida señores Pomés y Solá y Sert daban la orden para la transmisión del aviso a los cronometradores, que a la vez la comunicaban a los jueces de llegada Sres. Garriga y Coll y Cabestany.

En una gran pizarra, servida también por boy-scouts, se apuntaba el tiempo empleado y la velocidad alcanzada por cada coche.



Salida de los «sidecars.» (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

Segunda categoría: ganó un Vermorel, que hizo el recorrido en 1 m. 4 ²/₅ s. Su único competidor, un D. F. P., empleó 1 minuto 24 segundos.

Tercera categoría: venció un Biatto (1 m. 13 s.); un Sizaire-Naudin y un Berliet emplearon 1 m. 34 ²/₅ s. y 1 m. 14 ¹/₅ s. respectivamente.

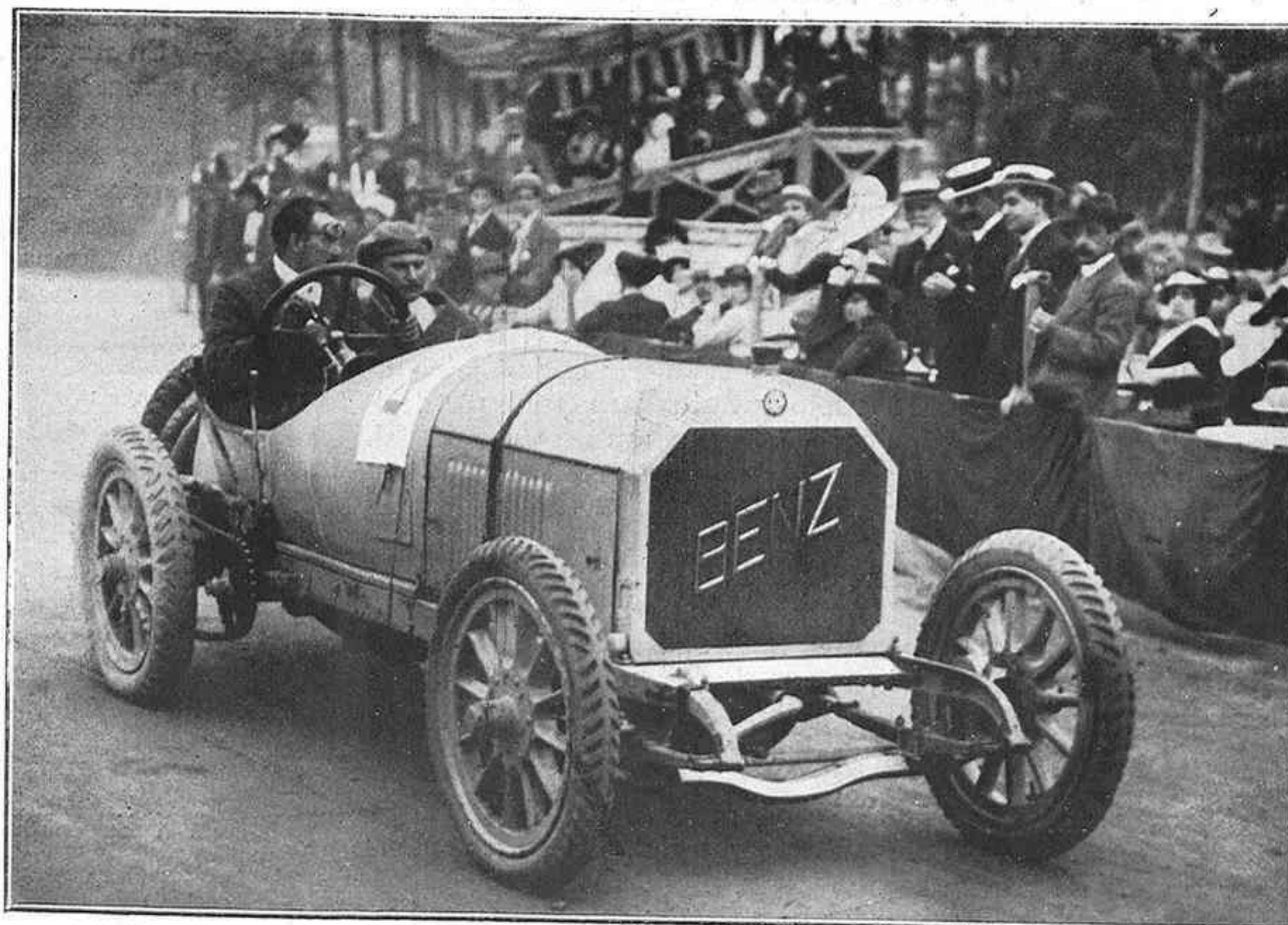
Cuarta categoría: ganó un Hispano-Suiza (53 segundos); siguiéronle, por orden, un Hispano-Suiza (55 ²/₅ s.) y un Ford (1 m. 3 ²/₅ s.).

Quinta categoría: venció un Metalurgique (1 m. 2 s.); su contrincante, un Overland, empleó 1 m. 16 ²/₅ s.

Sexta categoría (libre): fué vencedor un Benz (52 ¹/₅ s.), siguiéndole un Hispano-Suiza (53 s.) y otro Hispano-Suiza (55 s.).

Pruebas de turismo. En la primera categoría venció un N. S. U. (1 m. 34 s.); en la segunda, un Sizaire-Naudin (1 m. 23 ²/₅ s.); en la tercera, un Hispano-Suiza (59 ²/₅ s.); en la cuarta, un Overland (1 m. 32 s.); en la quinta, un Metalurgique (1 m. 18 ¹/₅ s.); y en la séptima, un Rochet-Schneider (1 m. 11 ²/₅ s.). En la sexta categoría no se presentó el único coche que se había inscrito.

La nota más interesante de estas carreras ha sido indudablemente el triunfo de la marca barcelonesa Hispano-Suiza, que en la cuarta categoría alcanzó las velocidades de 65,454 y 67,924 kilómetros por hora; en la sexta dos de sus coches de 2,95 litros de cilindrada hicieron el recorrido en 53 ²/₅ y 55 segundos, siendo el primero vencido sólo por ¹/₅ de segundo por un Benz con más de 20 litros de cilindrada; y en la prueba de turismo corrió a razón de 60,402 kilómetros, que es la mayor velocidad alcanzada por todos los inscritos en la prueba.

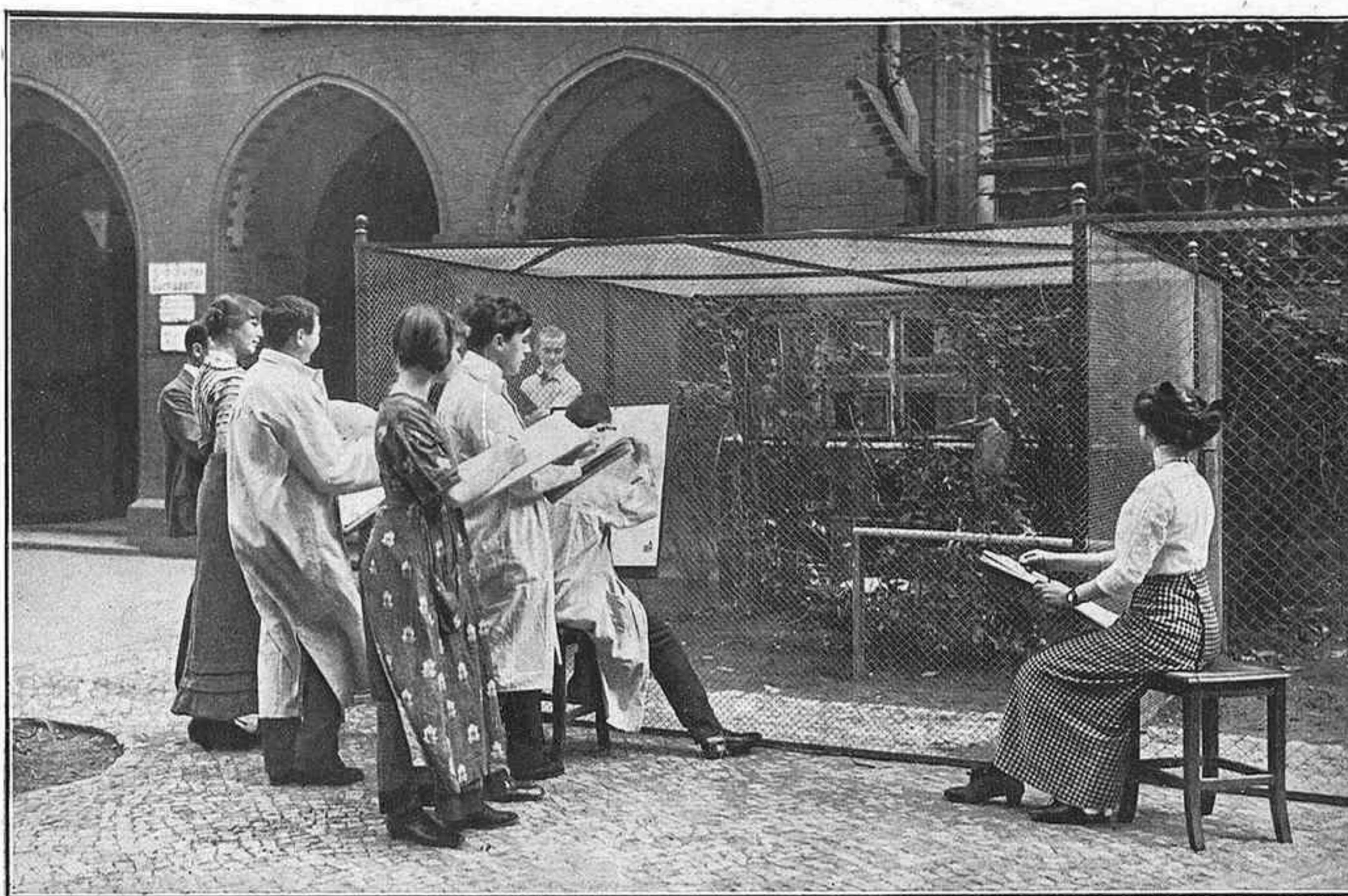


Coche Benz, conducido por el Sr. Andersen, que ganó el premio de sexta categoría (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

ARTES DECORATIVAS
DEL NATURAL

La Escuela Industrial de Charlottenburgo, importante establecimiento docente, ha introducido recientemente grandes reformas en la enseñanza profesional, una de las cuales consiste en autorizar a los alumnos de la clase de Artes Decorativas a ejecutar dibujos y esculturas teniendo por modelos animales vivos, según puede verse en el adjunto grabado.

Las ventajas de este procedimiento son muy fáciles de comprender: en primer lugar, ciertos animales a propósito para servir de modelos de obras artísticas, de carácter decorativo sobre todo, ofrecen en sus actitudes y en sus movimientos aspectos de una gracia y de una elegancia que los mismos animales, muertos y disecados, no pue-



Artes decorativas del natural. - Alumnos de la Escuela Industrial de Charlottenburgo dibujando una grulla viva. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

den nunca presentar, por muy hábil y artísticamente preparados que estén. En segundo lugar, con este sistema los alumnos ejercitan su vista y su espíritu de observación, aprenden a sorprender y a retener los más fugaces movimientos del animal y pueden escoger cada uno de ellos el momento que mejor se adapte a sus gustos y disposiciones.

Ofrece, pues, este medio educativo de los que a la pintura o a la escultura quieren dedicarse una verdadera superioridad sobre los demás generalmente seguidos. Los alumnos dejan de ser simples máquinas, por decirlo así, que pacientemente van copiando el objeto inmóvil colocado delante de sus ojos, para convertirse en observadores perspicaces que han de reproducir rápidamente sus momentáneas percepciones,

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

PLORER MORTALS. - Con este título ha publicado la casa editorial de música de esta ciudad Musical Emporium, un bellísimo fragmento del oratorio *Adoració*, letra del Rdo. Vicente Píera y música de A. Roig Vergés. Precio, 1,50 pesetas.

**

SOBRE CIUDADANÍA. Memorial de la Cámara de Delegados de Puerto Rico al Presidente y al Congreso de los Estados Unidos. - La Cámara de Delegados de Puerto Rico aprobó por unanimidad en sesión de 12 de marzo del presente año este memorial redactado por su presidente D. José de Diego, y en el cual, con poderosos argumentos y sentidas razones, se expresa la oposición a un proyecto de ley por el que se declara colectivamente ciudadanos de los Estados Unidos a los portorriqueños y se formula la petición de que se respete y se reconozca a éstos su ciudadanía propia. Un folleto en castellano y en inglés, de 16 páginas, impreso en San Juan de Puerto Rico por la *Progress Publishing Company*.

**

LA ELECTRICIDAD AL ALCANCE DE TODOS, por el doctor *L. Graetz*. Versión del alemán por el *Dr. E. Terradas*. - Este compendio de Electricidad nos ofrece un cuadro completo de los fenómenos eléctricos más culminantes descubiertos hasta hoy día y de sus principales aplicaciones. No se trata de un extracto de *La Electricidad y sus aplicaciones* del mismo autor, sino de una obra con plan y caracteres propios, en la que se explican admirablemente no sólo las teorías generales y las aplicaciones al alumbrado, a la fuerza motriz, a los telégrafos y teléfonos y a las diversas industrias, sino también las modernas conquistas de la radiografía, de la radioactividad y de la telegrafía hertziana, todo ello presentado en forma amena, con gran precisión y oportunidad y avalorado por hermosas ilustraciones. Un tomo de 214 páginas en 4.º con 173 grabados al boj, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 5 pesetas en rústica y 6'50 encuadernado en tela inglesa.

**

HOMENAJE A ENRIQUE DESCHAMPS CELEBRADO EN EL HOTEL RITZ EL DÍA 9 DE ENERO DE 1914. - Importantes personalidades organizaron este homenaje como prueba de gratitud al que fué por breve tiempo representante diplomático de la República Dominicana en España por su valiosa labor en pro de los intereses españoles. En un opúsculo se han reunido, además de la reseña del acto, los discursos que en él se pronunciaron, las principales adhesiones al mismo y los juicios de los más importantes periódicos sobre aquella fiesta. Un tomo de 104 páginas impreso en Madrid en la imprenta Fontanet.

**

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA, poema épico por *Melitón Martín y Villalta*. - En vibrantes estrofas canta el autor de este poema el descubrimiento del Mar Pacífico por el Adelantado Vasco Núñez de Balboa. Esta notable composición poética ha sido escrita con motivo del cuarto centenario de aquel descubrimiento y dedicada por el Sr. Martín a S. M. el Rey D. Alfonso XIII. Un tomo de 82 páginas, impreso en Panamá en la imprenta Star y Herald.

**

UNA VIDA, por *Rafael Arévalo y Martínez*. - Trabajo en forma de autobiografía en la que su autor, en estilo correcto y en conceptos muy sentidos, explica los principales episodios de su niñez y de su adolescencia y expone las vicisitudes por que pasó su ánimo hasta que en él se despertó el amor a la poesía, convirtiéndolo, según sus propias palabras, en un poeta decadentista hispanoamericano más. Un tomo de 46 páginas con algunos dibujos de Máximo Ramos, impreso en Guatemala en la imprenta Elektra.

El uso del Jabón de
HENO de PRAVIA
se vá extendiendo rápidamente
por todo el mundo.

Ehrmann.

BARCELONA. - UNA FIESTA ARAGONESA

La importante entidad Centro Aragonés que desde hace algunos años se halla establecida en Barcelona, se propone levantar un edificio social y para ello ha tenido la feliz y patriótica idea de solicitar de las tres provincias aragonesas sendos sillares que habrán de ser colocados en los cimientos de la nueva construcción.

Zaragoza, Huesca y Teruel, accediendo a tan noble demanda, han enviado a sus hijos residentes en nuestra ciudad tres piedras que simbolizan algunos episodios de la gloriosa historia de la región aragonesa: Zaragoza, una piedra arrancada del convento de Jerusalén y de una pared que fué muralla en los heroicos sitios de 1808 y 1809; Teruel, otra de una de sus murallas, sobre la cual dícese que corrió uno de los desdichados *Amantes*, Diego de



Recepción de las piedras a su llegada a la estación de Francia.
(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Camión con las piedras históricas de las tres provincias aragonesas sobre las cuales ha de asentarse el edificio social que en breve construirá el Centro Aragonés de esta ciudad.

Marsilla el día en que se celebraban las bodas de Isabel de Segura; y Huesca, uno de los sillares de un torreón único que subsiste de los once que defendían aquella plaza durante sus luchas con los moros.

Las piedras llegaron a esta ciudad el día 24 del mes próximo pasado, y a recibirlas acudieron a la estación de Francia la comisión del Centro con su bandera y un numeroso público compuesto de individuos de la colonia aragonesa y en el que abundaban las señoras. Formaban dicha comisión el vicepresidente del Centro, D. José Cirach; los vocales de las juntas directiva y consultiva, señores Martínez, Abizanda, Bona, Ballarín, Solamillas, Garcier, Lecha, Piro, Ondiviela, Serena, González, Foz y Laborda y el concejal Sr. Mesa.

La llegada de las piedras fué acogida con grandes aplausos y vivas a Aragón, Cataluña y España, al Centro Aragonés en Barcelona y al Centro Catalán en Zaragoza.

El Sr. Cirach leyó un sentido discurso inspirado en el más ardiente patriotismo, expresando la alta estima en que los aragoneses de Barcelona tienen el presente de sus hermanos por ver en él el símbolo de su querida región, explicando la labor que en nuestra ciudad realiza el Centro Aragonés, dedicando grandes elogios a Cataluña y dando las gracias a cuantos habían concurrido a aquel acto.

Terminado el discurso, que fué muy aplaudido, procedióse a colocar las piedras en un camión revestido en su parte superior de una tela encarnada y rodeado de otra con los colores nacionales; sobre las tres cajas que contenían las piedras colocóse la bandera del Centro.

Seguidamente organizóse la comitiva, abriendo marcha una pareja de la guardia municipal de caballería; seguía otra de guardias urbanos, después el camión y detrás de éste el numeroso grupo de las personas que habían acudido a la estación de Francia.

El cortejo se dirigió a la Plaza de San Jaime, en donde una comisión formada por varios individuos de la junta del Centro entró en el Palacio de la Generalidad de Cataluña con objeto de cumplimentar a la Diputación provincial y dar cuenta del acto que realizaban; después la misma comisión pasó a las Casas Consistoriales para saludar al Ayuntamiento cambiándose sentidos discursos entre el Sr. Bona y el concejal Sr. Mesa.

Desde allí y por la calle de Fernando, Ramblas, plaza de Cataluña, calle de Pelayo, plaza de la Universidad y Ronda de San Antonio, encaminóse la manifestación al local que actualmente ocupa el Centro Aragonés, sucediéndose durante el trayecto los aplausos, vivas y aclamaciones y siendo arrojada por un grupo de señoras situado en la esquina de la calle de Fernando y Ramblas gran cantidad de flores sobre las cajas en donde iban encerradas las históricas piedras.

Al llegar al domicilio del Centro Aragonés repitiéronse las manifestaciones de entusiasmo y nuevamente fueron arrojadas sobre las cajas flores en gran abundancia.

Las tres cajas fueron depositadas, sin abrirlas, en el local social, no habiendo sido conducidas al solar adquirido por el Centro Aragonés y en el cual ha de levantarse dentro de poco el nuevo edificio, por no haberse recibido todavía las actas de Huesca y de Teruel que acreditan la procedencia de las piedras enviadas. Estos documentos, según han comunicado desde ambas ciudades al Centro Aragonés de Barcelona, serán traídos por comisiones especialmente nombradas al efecto; y el acta de la entrega de los mismos se efectuará con la mayor solemnidad.

La manifestación terminó en el salón de actos del Centro. Reunidos allí gran número de manifestantes, el socio D. Juan Alonso les dirigió la palabra, dando cuenta a los socios y demás personas allí presentes de una efusiva adhesión al acto que acababa de celebrarse que había enviado la Cámara regional de cooperativas de Cataluña y Baleares. En nombre de la Junta directiva dió el Sr. Alonso las más expresivas gracias a todos cuantos habían contribuido con su asistencia a la mayor brillantez de la patriótica ceremonia organizada por el centro; recomendó en sentidas frases a todos los aragoneses residentes en nuestra ciudad que persistieran en el entusiasmo de que hasta ahora habían dado pruebas en cuantas ocasiones se habían ofrecido, a fin de que cuanto antes sea una realidad el proyecto de la construcción del nuevo edificio social; y terminó su discurso rogando a todos que concurrieran al homenaje que aquella misma tarde rendía el pueblo de Barcelona al que fué su ilustre alcalde D. Francisco de P. Rius y Taulet, con motivo del vigésimoquinto aniversario de la grandiosa Exposición Universal de 1888.

Concluyó el acto con calurosos vivas a Aragón, a Cataluña, al Centro Aragonés y a España.

ZÜRICH

GRAN HOTEL VICTORIA
Bahnhofsplatz
Casa de primer orden para familias. - Restaurant.
Prop. A. Kummer-Wenger.

EL INGENIOSO HIDALGO
Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadrados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleése el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN